





Dib. RAMIREZ.—Madrid.

- No sé por qué se entristece la señorita teniendo los pretendientes a millones.  
— Por eso precisamente; porque son pretendientes a millones.





# LIDA



---

## Crema recons- tituyente

---

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, y devuelve al

rosto su tersura y lozanía

---

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID

---



# SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

## CUPÓN NÚM. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de mayo.

19. — Drama.

CIUDAD REAL CRIPTANA  
ARGAMASILLA DE ALBA  
EL TOBOSO

1 1 0 0 0

¿Qué hace un pollito recién nacido?

20. — Un vals...

FLOR  
DE  
LIPTON

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 127.



SOMBREROS  
BRAVE  
6 · MONTERA · 6

21. — Un general.

— No vuelvo a plantar un solo *tercia-cuart* en el monte.

— Me lo explico; teniendo *prima-dos* es mucho más cómodo...

— No será tan *quinta-cuart*; pero es mi gusto.

— Eso mismo dijo *todo* el otro día.

## CUPÓN

correspondiente al número 130 de

## BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

22. — ¿Quién ha ganado el campeonato nacional de "foot-ball"?

## ARTÍCULO

EN LA PROPORCIÓN

EN LA CIRCUNFERENCIA

RN

HAMBRE SIN A Y SIN O

23. — Anestésico.

1 0 0 0 1 0 0

PREPOSICIÓN

1 N A

## CONCURSO DE PASATIEMPOS DE MARZO

Verificado públicamente el sorteo correspondiente a este Concurso, han resultado agraciados los *pierdetiempistas* siguientes:

**Primer premio.** — Un billete de la Lotería Nacional, número 16.520, para el primer sorteo de junio próximo, a D. Fernando Peña, de Madrid.

**Segundo premio.** — Medio billete de la Lotería Nacional, como el anterior, a D. Manuel Goltier, de Madrid.

**Tercer premio.** — Tres décimos de la Lotería Nacional, como los anteriores, a D. Luis L. Becerra, de Madrid.

Los favorecidos podrán recoger sus premios en nuestra Administración (plaza del Angel, 5) cualquier día laborable, de cinco a siete de la tarde.

## CONCURSO DE PASATIEMPOS DE ABRIL

Soluciones a los pasatiempos publicados en BUEN HUMOR durante el mes de abril.

1. Cabalgata. — 2. Sumidero. — 3. Nadadores. — 4. Boleros y rondos. — 5. Cebollas de jacinto. — 6. Esperanza Iris. — 7. Villasante. — 8. Metábola. — 9. Diapasón. — 10. Repujado. — 11. Sotabarba. — 12. Albarda sobre albarda. — 13. Florete. — 14. Vicuñas. — 15. Copano. — 16. Oído a la pisada. — 17. Trasfollo. — 18. Medio parientes. — 19. Mediana. — 20. Católico. — 21. Calamina.

Se han recibido once mil cuarenta y dos soluciones, y ¡pasmaos, lectores de mi alma! — ni uno solo de los deleznales *pierdetiempistas* ha tenido el gusto de enviarlas absolutamente exactas.

Como de todos modos hay que otorgar los premios, separamos los pliegos que sólo contienen un error, y que firman los treinta y tres señores siguientes:

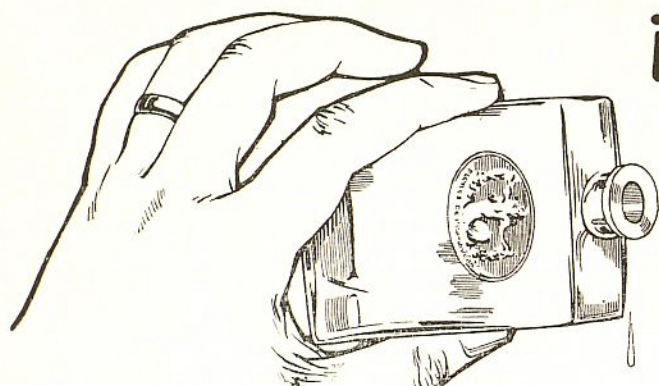
1. Eloy del Puerto. Madrid. — 2. José María Tárraga. Carabanchel Bajo. — 3. José Encinas. Oviedo. — 4. Mariano P. López. Madrid. — 5. Alfonso Fungairiño. Madrid. — 6. Manuel Monjardín. Ma-

drid. — 7. Pio de Bayo. Bilbao. — 8. José Luis Miller. Madrid. — 9. Marcelo de Azcárraga. Madrid. — 10. Amparo Bilbatúa. Sestao. — 11. Ernesto Durán. Cádiz. — 12. Alfredo García Veas. Cádiz. — 13. J. Ordoñez. Madrid. — 14. Benito Cañas. San Fernando (Cádiz). — 15. Lola Medina. Portugalete. — 16. Vicente G. Abad. Madrid. — 17. Carmen Domínguez. Portugalete. — 18. Manuel Estrada. Cádiz. — 19. A. M. Martínez. Madrid. — 20. Ernesto La Porte. Madrid. — 21. Pilar Ríos Torres. Madrid. — 22. Marceliano Pedrero. Larache. — 23. José Sacristán. Madrid. — 24. José María Créus. Madrid. — 25. Emilio R. Melgar. Madrid. — 26. Clemente Rodríguez. Madrid. — 27. Adelita Peyrona. San Sebastián. — 28. F. L. Crespo de Tejada. Madrid. — 29. Juan Garmendia. Portugalete. — 30. Porfirio del Campo. Madrid. — 31. Marichu Peyrona. San Sebastián. — 32. Carmen Camino. San Sebastián. — 33. Conchita Lorenzo. Madrid.

El sorteo de premios correspondientes a este Concurso se celebrará públicamente en nuestra Redacción (plaza del Angel, 5) el día 26 del actual, a las seis de la tarde.



¡Una  
gota  
basta!



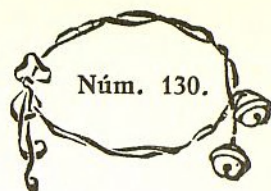
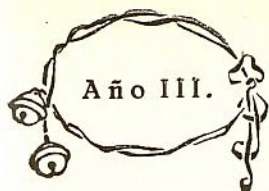
Perfume su pañuelo con  
el intenso aroma de la  
**Esencia Flores de Primavera**  
nueva creación de la Perfumería Gal.

Violeta. - Rosa. - Jazmin.  
Bouquet. - Chipre. - Heno.  
Clavel. - Lilas. - Muguet.  
Heliotropo. - Acacia. - Trébol.

Frasco, 5 pesetas  
en toda España.

RIBAS  
4-25





## CUESTIONES DE POCO PESO

### LOS HÉROES QUE NO EXISTEN



En el consultorio gratuito de algunas revistas — especialmente las de modas — leo con gran frecuencia preguntas de mujeres que desean saber la dirección de tal o cual actor cinematográfico, y, aunque menos frecuentemente, esquelitas de hombres preguntando las señas domiciliarias de esta o de la otra actriz de la pantalla.

Me figuro que semejantes preguntas responden — valga la paradoja — al capricho de entablar correspondencia con los artistas y obtener de ellos una postal firmada, un retratito dedicado o una simple carta de gracias. Esto es cosa corriente, y no puede extrañarme. Todas cuantas personas gozan de alguna popularidad — cantantes, toreros, pintores, cómicos, poetas, novelistas — suelen recibir cartas de admiradores espontáneos — casi siempre mujeres — expresándoles la ferviente devoción con que siguen su obra, felicitándoles calurosamente por sus últimos éxitos y pidiéndoles de paso, y como el que no quiere la cosa, el consabido retrato, los consabidos versos o el consabido dibujo...

Están los solicitantes en su perfecto derecho para pedir, como están los solicitados en el suyo para no conceder. Esto es indiscutible. Y, además, me parece bien. Llamarse *Nacional II*, Pedro Mata, Miguel Fleta, Romero de Torres o Casimiro Ortas tiene sus ventajas y sus inconvenientes. ¿Quién les manda a esos señores salirse de la vulgaridad?

Pero, ¡ay!, el caso de los artistas de cinematógrafo no es el mismo. Los poetas, cómicos, toreros, etc., son personas de carne y hueso, que pasean, que concurren a los cafés, que comen, que beben, que..., en una palabra, que existen,

mientras que los actores de cine... He aquí la cuestión: ¿existen los artistas de cinematógrafo? ¿Son también personas de carne y hueso, que pasean, que concurren a los cafés, que comen, que beben, que..., en una palabra, que existen? Yo creo que no.

A mí no me cabe en la cabeza que pueda haber hombres que salten precipicios de veinte metros, que se arrojen valerosamente desde un aeroplano que está más cerca de la Luna que de la Tierra, que se encaramen a caballo sobre las aspas de una rueda de mil pies de diámetro, que atraviesen el Atlántico a nado o que se introduzcan sonrientes en una jaula de leones, ti-

gres, panteras y demás animalitos por el estilo...

Aquí, donde para saltar sobre los desmontes con que nos regala la Empresa del Metropolitano tenemos que llamar a un guardia; aquí, donde la periódica caída de la bola de Gobernación constituye un espectáculo casi sobrenatural; donde solamente algún desesperado hortera, aburrido de la vida, se atreve a subir a las plácidas norias de las verbenas; donde nos mareamos al atravesar, en bote, el estanque del Retiro, y donde sentimos una admiración profunda hacia el hombre épico que arroja la comida al león de la Casa de Fieras; aquí, donde tan modestita y apaciblemente

nos limitamos a una existencia cotidiana sin esfuerzos ni heroísmos, no podemos creer, en buena lógica, que existan esos seres extraordinarios que nos deslumbran, nos encogen, nos asombran y nos anonadan en las películas.

Se trata, evidentemente, de uno de los innumerables trucos con que la fantasía norteamericana explota la candidez meridional; de una de tantas mentiras como el país de las casas de cincuenta pisos y de los capitalistas de millares de millones se complace en exportar hacia estas pobres tierras de los palacios de adobe y de los sueldos de mil quinientas pesetas con descuento, en la creencia de que los españoles tenemos la bella costumbre de chuparnos el dedo.

Y están en un error. El más ignorante de los moradores de esta piel de borrego con que se cuelga del mapa nuestro país sabe perfectamente que no hay raza como la española para realizar proezas; que hemos sabido echar a puntapiés a cartagineses, romanos, árabes y franchutes; que hemos dejado desierta media nación por darnos el gustazo de poblar un continente; que hemos retado a singular batalla a po-



Dib. SILENO. — Madrid.



derosas escuadras, sin contar con más barcos que unos cuantos pataches de guardarropía; que no tenemos inconveniente en emprender las más locas aventuras bélicas, aun a trueque de quedarnos en cueros vivos, pero con tal de hacernos la ilusión de que el sol no se pone en nuestros dominios; que somos, en fin, herederos del Cid, de Guzmán el Bueno, de Méndez Núñez y, sobre todo, del andante caballero Don Quijote de la Mancha.

Y si de un país como éste, tan postinero, tan fanfarrón, tan amigo de pintar la mona, país de toreros, de bandi-

dos y de tenorios, no puede salir más que un actor profesional del cine—Pepe Montenegro—, que, aun siendo una verdadera notabilidad, tiene que conformarse con hacer películas de la manse dumbre de *El pobre Valbuena*, o de *Dolorettes*, ¿cómo es posible que de ninguna parte salgan esos señores, de cuyos respetables nombres no consigo acordarme, que realizan tan grandes hazañas?

Yo he visto un retrato de Charles Chaplin en traje de persona vulgar, y no se parecía en nada, absolutamente en nada, al Charlot de las películas.

¡Clarol! ¡Como que no es el mismo! Sucede lo que con con nuestro *Gedeón*: cuando había precisión de retratar al celeberrimo personaje, llamaban a Bonifacio Pinedo...

De donde resulta que las románticas preguntonas que quieren saber las señas de los héroes de la pantalla están perdiendo un tiempo precioso que podrían invertir en zurcirse las medias, pongo por elevada ocupación. Porque los héroes de la pantalla no existen, digan lo que quieran sus cándidos admiradores.

MARCIANO ZURITA

## CONSEJO SANO Y BARATO A UN AMIGO LITERATO

Usté me suplica, mi querido amigo,  
en una misiva asaz prolongada,  
que le dé un consejo leal, ¡pues no es nadal,  
y a darle el consejo que pide me obligo.

Dice usté que aspira a ser literato,  
y eso ya me indica que es un poco bruto.  
¿Por qué no se cura de tal escorbuto?  
¡Qué pena! ¡No encuentro ni un hombre sensato!  
Dice usté leerme, y en eso ya noto  
que un mal espantable le ataca y le azota.  
¡Funesta manía! Póngala usté coto,  
o va usté camino de ser un idiota.  
Me sigue rogando después que le cite  
y que le señale un punto, una ruta,  
pues, al ser persona muy irresoluta,  
no encuentra usté el género que le sobrexcite.  
Manos a la obra citada. Permita  
que le rompa un arma para ese combate;  
¡no se haga humorista, por un dios penatel!  
Suicídese usté antes, ¡y con dinamita!  
Porque el literato que en eso se mete,  
o a Ramón imita, «que ha echado el completo»,  
que es inaccesible, como el *cielo siete*,  
o espiga y espiga sin ningún respeto  
el campo extranjero que mejor le pete.

No haga usté novelas de amor, amiguito;  
antes que escribirlas, déjese el bigote.  
El amor no puede dar un nuevo brote.  
Tanto y tan hermoso sobre amor se ha escrito,  
que el que *haga otra* cosa de amor es un zote.  
Huya del ensayo, materia muy lata  
en la que *Azorín* a todos da un tute.  
Su filosofía nadie la discute.  
¡Y usted iba a hacerla tan floja y barata!  
No aborde el teatro, que da *la peseta*.  
Déjeselo a otros, a Paso... o a Abati,  
que harán *Soy de Pravia*, *La nota de Nati*,  
*La quinta de Canto*, *El trato y la treta*...  
Si es usté Tenorio, ¿por qué ser un Ciutti?  
No obligue a los cómicos a hacer el títí,  
con la salvaguardia de agradar a *tutti*...  
¡Antes que eso, váyase camino de Haití!



El consejo, amigo, por fin le espeté,  
y él tal vez su afán de escribir mató.  
Si lo he conseguido, como lo intenté,  
le habré a usté salvado... ¡Soy feliz del *tol*...

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

BUEN HUMOR se vende en LONDRES en Coin de France, L<sup>td</sup>.



17, Green Street, Leicester Sq.







Dib. GARRIDO. — Madrid.

— ¡Vaya una caja más flamante que tienes!

— Sí, señorito; la cuido mucho, porque la caja es la base del negocio...



## PEQUEÑAS NOTICIAS, SUCESOS ÍNFIMOS Y MINÚSCULOS SUELTECILLOS

En una de las más elegantes y frecuentadas Comisarias de Madrid se hallan depositados, y a la completa disposición de los que acrediten ser sus dueños, los siguientes objetos perdidos en la vía pública:

Una cartera absolutamente deshabitada; una caja de cerillas con un mixto ascendente y otro descendente (o sea, uno cabeza abajo y otro cabeza arriba); una boquilla de puro y otra de pitillo, ambas de ámbar; una toquilla nueva con una tarjeta con la marca de la fábrica *Sánchez* (o, dicho en lenguaje comercial, una *Sánchez toquilla*); un libro de Hoyos y Vinent a falta del índice; un guante de gamuza a falta del pulgar; una peseta sevillana; un duro con el canto llano (que debe de pertenecer a un cantor de iglesia); una sortija usada; un niño de siete meses y medio, casi nuevo; una ballena, pero no de las vi-

vas, sino de las de corsé: tres millones de marcos papel (papel de envolver, claro está); una guitarra con una prima ausente; un balón de fútbol y un bote de hoja de lata lleno de judías, que no deben de ser del Barco, puesto que están en el bote.

❖❖

Nuestra querida amiga y compañera la inspirada poetisa y algo mecanógrafa, a la par que bellísima señorita, Salomé de la Calle y Plaza, ha dado a luz con inenarrable felicidad un robusto y apelmazado infante, al cual se le ha puesto el bonito y dulce nombre de Nicasio.

La madre, que, por cierto, está perfectamente de salud, nos suplica la inserción de la presente noticia con objeto de que llegue a conocimiento del padre, si es que da la casualidad de que el susodicho padre lea estos días BUEN HUMOR.

❖❖

La banda municipal dará el próximo miércoles un concierto económico en el Puente de Vallecas, en celebración del primer aniversario del Metropolitano, y al mismo tiempo para festejar las bodas de oro del maestro Villa con la batuta.

Se ejecutará el siguiente y escogido programa:

### PRIMERA PARTE

- 1.º *¡Arza, Pepal*, pasodoble, Villa.
- 2.º *Gavota checoeslovaca*, Kaponykosky.
- 3.º *Suspiros de Vigo (provincia de Pontevedra)*, muñeira, Muñoz.
- 4.º *¡Adiós, Iparraguirreletamendibarlucel*, balada vasca, Iralabarri-cheta.
- 5.º Selección de la ópera *Trotsky*, Konchoy-Redieff.

### SEGUNDA PARTE

- 6.º Trozos escogidos de *Carmen*. Se tocarán los que el público pida y la moral permita, Bizet.
- 7.º Intermedio de *La marraine*, Cochin.
- 8.º *¡Alerta, general!*, andante número tres, siete, segundo siete y gran obertura, Weyler.

❖❖

Pasado mañana pronunciará (mal, porque es francés) su anunciada conferencia el ilustre profesor de Veterinaria de la Universidad de Montpellier monsieur Gérard Didon.

El tema de su disertación no puede ser más ameno. La conferencia versará sobre la influencia de la radiotelefonía en el conejo de campo y los procedimientos para aumentar la velocidad de las tortugas en Egipto.

Ilustrará su trabajo con unas interesantes proyecciones cinematográficas, y terminará el acto con un animado baile, éste a cargo de los espectadores, como es natural. Sin embargo, el ínclito veterinario accederá a bailar una danza que esté de acuerdo con la profesión de sus *clientes*: la del oso, la del camello o la del perro, que nosotros conocemos vulgarmente con el nombre de *fox-trot*.

La entrada será por invitación y por una de las puertas.

❖❖

El señor conde de Romanones advierte a sus amigos que el jueves próximo se quedará en su casa.

¡Que sea por muchos años!, decimos nosotros.

Porque si el viernes vuelve a salir, no hemos adelantado nada.

❖❖

El ratero José Fernández Campillo, detenido ayer por la Policía, no tiene nada que ver, ni es siquiera pariente lejano, del popular comerciante don Indalecio Ramos Moreno, cuyos negocios de compra y venta tan conocidos son en Madrid.

Esta aclaración la hacemos accediendo a reiteradas instancias del interesado, que no quiere de ningún modo que se les confunda al uno con el otro.

Debemos decir que el interesado en que no haya esa lamentable confusión es el ratero José Fernández, detenido ayer por la Policía, que es el que nos ha dirigido el ruego que con gusto sumo atendemos.

❖❖

En la elección de Junta de la Sociedad de Casqueros de Chamberí ha sido nombrado presidente el probo industrial Serapio Zancudo.

No se posesionará del cargo hasta su regreso a Madrid, pues actualmente se encuentra en Extremadura negociando la adquisición de cien toneladas de tripas para su comercio.

El estar con las tripas fuera no ha sido obstáculo para que la Sociedad a que pertenece se decida a premiar sus méritos con tan alta recompensa.

Por la redacción,  
NÉSTOR O. LOPE



Dib. BERGSTROM. — París.

UN HOMBRE DE PUÑOS



# CALLEJERIAS

Me eché al cuerpo el otro día  
un artículo estupendo,  
que hablaba de la Gran Vía,  
y terminaba diciendo:

«Si a la sección concluida  
la decidieron poner  
(porque era justo) avenida  
del Conde de Peñalver,  
está bien que todo el mundo  
(que estas cosas ve al *detalle*),  
sepa que el trozo segundo  
se llama de *Pi y Margall*.»

Tan bien está, que no hay un  
edil que lo haya tachado  
de injusto. Pero, según  
en general he observado,

les gusta a los concejales  
poner nombres nunca oídos,  
tanto a vías principales,  
como a barrios escondidos;  
y andando el tiempo, lectores,  
las calles ostentarán  
los nombres de unos señores  
que en confusión nos tendrán.

Los rótulos, según creo,  
variarán de Sur a Norte.  
Es claro que está algo feo  
que las calles de la corte  
se llamen del Sombrerete,  
del Codo, de la Tahona,  
del Candil, del Tribulete  
y hasta de la Pingarrona;

mas llamarlas, verbigracia,  
«calle de don Blas Ortiz»,  
«carrera de doña Ignacia»,  
«plazuela de Cosme Ruiz»,  
«paseo de Juan Hermida»,  
«postigo del general  
Peribáñez», o «avenida  
de Rodríguez», está mal;  
y algún día se ha de ver  
que, si la ciudad ensancha,  
todos hemos de tener  
nuestra calle, angosta o ancha,  
gozando de tal derecho,  
no sólo el sabio profundo,  
sino aquel que de provecho  
no hizo nada en este mundo.

Hasta la alegre portera  
de mi sobrino Senén,  
Juana González, espera  
tener su calle también,  
y es posible que mañana  
cierta calle de la villa  
se llame «calle de Juana  
González, antes Zorrilla...»

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



Dib. ULICA. — Madrid.



## ENTRE AMIGAS

— ¡Pero qué estúpida es Lulú!.. ¡No  
se le ocurren más que tonterías!

— ¡Pero sí no dice nada!

— ¡Anda, pues sí las dijera...!



# El hombre trabajador

El señor Rodríguez era un hombre de sanos principios morales. Su ideal en esta vida hubiera sido fundar una familia, contraer matrimonio y tener hijos, muchos hijos, alguno de los cuales, reconocido.

Pero la vida no se le presentó fácil desde el primer momento. Su padre, un honrado burgués, era víctima de la manía de los negocios, y perdió su fortuna al trasladarse al desierto del Sahara con la pretensión de fundar una fábrica de relojes de arena. El asunto falló, no se recuerdan bien las causas, y al poco tiempo el desgraciado señor moría de un constipado.

Rodríguez entró en la vida como el que entra en un salón de baile. Vió que todos tenían su ocupación, que todos iban a alguna parte, o que todos tenían pareja; diremos, para justificar la mediocre imagen del salón de baile: él solo no sabía adónde dirigirse ni a qué acoplarse.

Un viejo amigo de su padre logró introducirlo como escribiente en el bufete de un abogado; pero de allí salió a los pocos meses, basándose su despido en su completo analfabetismo.

Ese día fué a casa de su protector, y al contarle sus desdichas, el viejo amigo le entregó diez pesetas como ayuda.

Rodríguez sonrió y comprendió su profesión: sería sablista.

Acto seguido aprendió a escribir. Los principios de todas las profesiones son duros, y Rodríguez tuvo que luchar tenazmente contra la adversidad, quizás a causa de su extremada juventud para una carrera en la que se precisan tan

hondos conocimientos psicológicos. Sin embargo, al poco tiempo había conseguido normalizar su vida, sin grandes lujos, pero tranquila y sosegada, aparte de las cuatro o cinco horas ocupado en sus deberes profesionales.

Poco a poco se había hecho un hombre trabajador, un *bussinesmen*, que dirían los americanos, por supuesto, escribiéndolo de otra manera. Cuidaba mucho la presentación; tenía en su armario un traje de trabajo marrón, con rodilleras y flecos, y un gabán color bellota, reluciente y con un cuello de terciopelo negro, blanco.

Unas botas absurdas de madre de cupletista y un sombrero grasiento completaban su vestuario de *pelea*, que con una barba cuidadosamente no afeitada componían la figura necesaria.

Poco a poco fué haciendo conocimientos. Enterado por la Prensa sabía cuándo el señor X había recibido una alegría, y en seguida acudía a darle la enhorabuena y a desempeñar su oficio.

En un *carpet* tenía apuntados centenares de nombres, con sus señas y sus características peculiares; por ejemplo: «Señor don Fulano de Tal, calle de Salamanca, 12; si no reciben, decir que se va de parte de Pérez, el ex ministro. No olvidarse de llamarle «excelentísimo», pues le agrada sobremanera. Estudió de pequeño en el colegio Teresiano. Llevando barba canosa, se puede pasar por antiguo discípulo. No olvidarse de nombrar en ese caso al padre Mengano y colocar «aquel hombre ejemplar, que tanto le quería...» Cumple años el 25 de agosto. Su santo, el 2 de octubre.»

De ese modo estaba formado el archivo, en el que todas las personas pudientes estaban comprendidas, con los trucos necesarios para sacarles el dinero.

Su negocio progresaba evidentemente con su famoso archivo, tan repleto, y su actividad de hombre de negocios. Daba largas treguas a las víctimas y acosaba a los novatos con la mayor habilidad. Ocupaba un hermoso piso de soltero en una calle céntrica, algo caro, quizás, pero extremadamente confortable.

Al poco tiempo comenzó a funcionar la agencia secreta. Los profesionales del empréstito mutuo acudieron a su casa en busca de las señas y las características de alguna persona solvente. Rodríguez las facilitaba a cambio de una remuneración; y así, al poco tiempo comenzó a notar ingresos tan importantes que, de desearlo él, le hubieran bastado para asegurarse la vida, sin necesidad de operar en persona.

Pero él se oponía a ello:

— No podría vivir sin trabajar; el trabajo es la base de la felicidad — decía.

Su fortuna iba progresando, y, ha-

biendo adquirido un hotelito, lo comenzó a amueblar lujosamente.

Como es natural, con esa adquisición el negocio adquirió proporciones inauditas. ¿Quién se atrevía a no entregar un duro a un propietario de ese fuste? Las *ayudas* le venían ahora por billetes.

Algunos envidiosos llamaron a la casa del sablista *la sala de armas*; pero pronto se convencieron de que no tenía gracia, y abandonaron el apodo.

El señor Rodríguez se compró un automóvil para ir a sus asuntos; pues aunque ya no eran tan numerosas sus visitas, le gustaba rodear sus negocios de una cierta atmósfera elegante que suavizase la parte áspera del asunto. Cada vez ganaba más dinero; su oficina, con numerosos empleados, bien mantenidos, trabajaba constantemente. El archivo se extendía ya a toda España, y en algunas capitales extranjeras, como en nuestras provincias, se establecieron sucursales, que funcionaban admirablemente.

Los sablistas tenían resuelto su porvenir con sólo entregar una comisión por las indicaciones recibidas.

Se creó un montepío, y en los teatros se celebraron varios beneficios, con objeto de adquirir un magnífico Casino, que pronto se inauguró, con la asistencia de las más altas dignidades del país.

... Y Rodríguez seguía dando sablazos a sus antiguos conocimientos; era incansable, y siempre con éxito, pues ahora bien sabían los sableados que al día siguiente de entregar su óbolo recibían un misterioso y magnífico regalo, infinitamente más valioso que lo dado, y que consistía, generalmente, en una botonadura de brillantes o unos magníficos solitarios...

EDGAR NEVILLE



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— Hace dos horas que estoy esperando a mi marido..., y sin venir.

— ¡Y yo veinte años..., y sin llegar.



Dib. PILI. — Madrid.

— ¡Hija, por Dios! ¿Qué estás haciendo con la americana de tu padre?

— ¡Quitándola el polvo!



# UN COMPAÑERO DE COLEGIO

Don Ramón escuchaba, casi conmovido, a su visitante, y, dejándose llevar de sus caritativos instintos, había introducido dos dedos en el bolsillo del chaleco, buscándose unas monedas con que remediar los apuros que abrumaban a aquel hombre.

La excelente digestión que estaba disfrutando le predisponía a las buenas acciones, y hubiese socorrido a su visitante, sin exigirle que continuase en el relato de sus infortunios, de no haberle parecido incorrecto interrumpir su explicación.

No conocía a su visitante, ni recordaba haberle visto en la vida; pero sus palabras bastaban para excitar la compasión:

— ¡Ah! ¡No quiera usted saber! Yo, sin trabajo; mi mujer, enferma; los hijos, apenas vestidos, por los rincones de la buhardilla... Ha llegado a faltar el pan. Crea usted que, cuando me decido a dar este paso, he agotado todos mis recursos. ¡No puedo más! Necesito un auxilio inmediato... Me he encontrado solo, y he pensado en usted... Tal vez no se acuerde usted de mí; pero ¡como hemos sido compañeros de colegio!

Don Ramón se revolvió en el asiento.

— Si... Yo soy Fernando García, y era entonces pequeño y muy moreno. En el retrato que nos hicimos a fin de curso en el patio del colegio estoy con usted. Usted está junto al profesor, y yo en primera fila, sentado en el suelo, con las piernas cruzadas. ¿No se acuerda?

Se levantó don Ramón de súbito, con un gesto de ira en el semblante, y, sin dejar continuar a su antiguo amigo, exclamó:

— ¡No me acuerdo, no, señor! Mejor dicho, ¡no quiero acordarme! No creí que se atreviese usted a presentarse con ese título. ¡Odio a todos los compañeros de colegio en el fondo de mi corazón! El compañero de colegio es el ser que más nos ha mortificado en nuestra vida. Nos ha robado los pizarrines, nos ha dado patadas por debajo de los bancos, nos ha acusado al profesor, y cuando le hemos molestado en lo más mínimo, no ha esperado a la salida para pegarnos. Es nuestro mayor enemigo. ¡Cuántos sufrimientos le debemos, en esa edad en que somos tan sensibles a todo! Una vez es el que hace que nos castiguen sin recreo; otra, el que ocasiona que perdamos puestos en clase... Siempre está contra nosotros, desde el primer día que le conocemos. Nos da conversación, y nos ponen de rodillas por su culpa. ¡Cuánta crueldad hay en su alma! Recuerdo que una vez me compraron mis padres unas polainas de lana roja que tapaban toda la pierna, y con las que yo iba muy elegante y abrigado. Pues bien: ante la estupefacción de mi familia, yo no consentí en volver a

entrar con ellas en el colegio, y hacía a la criada que me las quitase en el portal. No era, no, una inexplicable manía de niño. Era que *el compañero de colegio* me había encontrado, al verme con aquellas polainas rojas, muy apropiado para el apodo de «patas de perdiz», con el que yo me creí atado para el resto de mi vida... ¡Ah! ¡No invoque, torpemente, esa condición, porque me negaré en absoluto a favorecerle! Quiero librarme siempre de esta superstición que domina a la Humanidad. Odiemos siempre al compañero de colegio, al causante de nuestros más grandes sufrimientos... ¡Salga usted! ¡No puedo, *no quiero* ayudarle! ¡Salga usted!

Salió el visitante, muy abrumado, y

don Ramón le siguió hasta el recibimiento repitiendo estos razonables conceptos, y cerró de un portazo en cuanto salió su antiguo discípulo.

Se quedó junto a la puerta meditativo:

— ¡Pobrecillo! Se iba casi llorando... Acaso no hayan comido hoy en su casa... ¡He sido un poco cruel...

Abrió la puerta, y, sin decir nada, echó a rodar tres duros por las escaleras, que llegaron, ruidosos, hasta el visitante, que bajaba lentamente.

Don Ramón volvió a cerrar de golpe, y dijo:

— Al fin y al cabo, ¡era un compañero de colegio!

JOSÉ LÓPEZ RUBIO



Dib. X. H. — Madrid.

— *Éste es el as de los caballos...*  
— *¡Pues yo creí que era el caballo de copas!...*



# LAS VENTAJAS DEL "COCK-TAIL"

I

Goyo Tres Sierras envidiaba a Aristóbulo. ¡Qué biceps! ¡Qué torax!... ¡Qué asco no poder llegar a él!

Goyo Tres Sierras sabía que le era imprescindible cierto aire de hombre fuerte para triunfar. Un chico como él, joven, sin nada que hacer, con unas perras y un buen sastré, podía ser el amo del mundo. Y en los cines de moda, en los paseos y teatros, en el *cabaret*, en todo sitio y en cualquier momento, al ver el tipo del jovencito en moda, fuerte y musculoso, siempre se repetía lo mismo:

— He de hacer ejercicio. ¡Quiero ser como ellos!

¡Sus amigos! ¡Cómo envidiaba a sus amigos! ¡Anchos, membrudos!...

II

Y empezó para el pobre Goyo el calvario deportivo. No salía por las noches; comía ocho o diez veces al día; madrugaba, a costa de no sé cuántos esfuerzos, pero madrugaba; grandes paseos al aire libre, un rato de gimnasia, su poquito de *foot-ball*...; y los domingos, a colgarse de un tranvía que lo separaba de la población para presenciar un partido o una prueba deportiva. Pero los resultados eran escasos y perjudiciales: se contentaba con saltar las chaquetas por la costura de la espalda.

III

Con todo, no estaba contento. Él necesitaba un deporte viril, de resultados inmediatos, y a este paso, a los cuarenta años se le podría ver — nuestro héroe contaba a la sazón veinticinco —; pero entretanto...

IV

Fué en la *Maison*. Charlaban con unos amigos — ¡cómo no! — de *sport*, cuando llegó Juanito Arrabales a unirse a la *panda*, y pidió un *cock-tail*. Aquello fué decisivo. El hombre — y esto se ha dicho muchas veces ya, por eso una vez más ¿qué importa al mundo? — no sabe lo que en su vida representa un pequeño detalle. Sube un célibe a un tranvía, — ¡bah, esto qué importancia tiene! —; pero en aquel tranvía viaja una rubia que le sonríe, y aquel hombre ¡¡se casa!! (Convencidos, ¿no?)

Volvamos al *cock-tail* de Juanito Arrabales. Llegó el camarero del mostrador, y agitando la *cocktelera*, la cambiaba de mano; volvía a agitarla, la elevaba, la hacía descender, la enarbolaba como un bandera, y... vuelta a bajar. Así hasta el infinito, o hasta que rojo, congestionado y molido, dejaba caer el líquido contenido en una copa de fino cristal. Goyo prosiguió con in-

terés todos los detalles. Se le antojaba que los brazos y el pecho de aquel mozo se crecían hasta llegar a aspas de molino, y recordó de aquel infeliz camarero que sirvió treinta *cock-tails* en una tarde y lo tuvieron que sacar en una espuesta a la calle. Quedó un momento pensativo, y si no dijo ¡*Eureka!* fué porque no se acordó, contentándose con exclamar:

— ¡Ya di en el clavo!

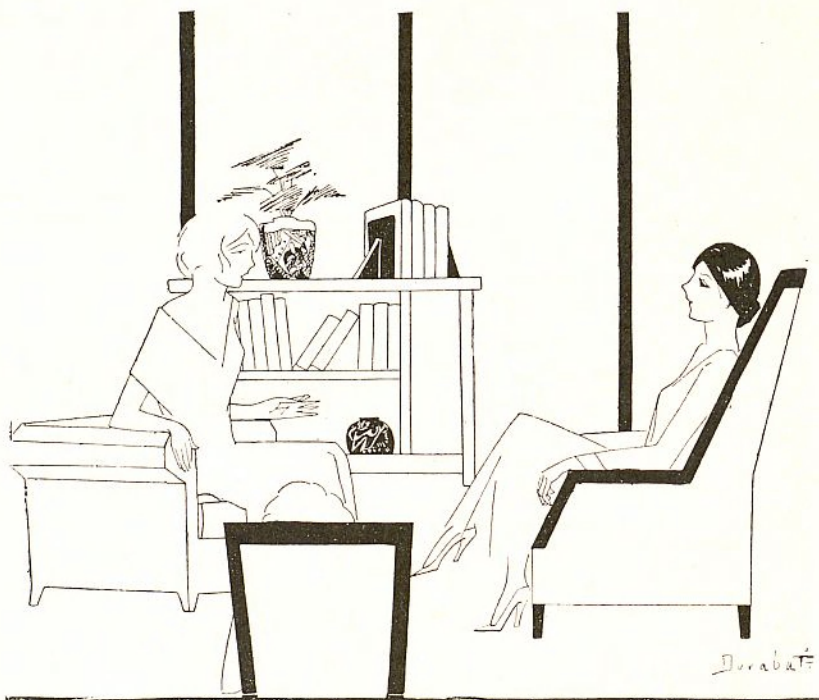
V

Goyo Tres Sierras se ha comprado una *cocktelera* gigante.

Para producir el ruidito, echa piedras de medio kilo.

Mide dos diez de pecho, y sus brazos son de acero; pero... en su casa compran el amoníaco ¡por kilos!

ANGEL DE LAS BÁRCENAS



Dib. DURABAT. — Madrid.

— Desengáñate: el que más y el que menos, ya no tiene vergüenza. ¿Has visto canallada como la de Emilio?

— No sigas; cambiemos de conversación antes de llegar a ese punto...

## LOS QUE VEN EL TEATRO

Se llama así en el *argot* teatral a aquellas personas que distinguen a primera vista una obra buena de una mala; los que le dicen a usted al oír una lectura en qué chiste se van a reír o en cuál escena el público va a llorar; los que saben diferenciar la obra que dará dinero de la que no dará un cuarto; los que conocen lo que le sobra a una escena o lo que le falta a un acto. Claro que luego ni se rien en el chiste indicado, ni lloran en la escena patética, ni la obra que les parece buena da un cuarto; ni le gusta al público. Pero entonces, ellos, los que no pueden equivocarse, porque llevan muchos años de teatro y les han salido los dientes en la primera

caja y han echado las muelas en el foso, quieren disculpar con mil pretextos el fracaso y el que no vaya la gente, echándole la culpa al frío excesivo, al calor inoportuno, al Directorio, al cambio de hora, a la escasez de la patata, a pesar de que ellos lo anuncian como «el mayor éxito», como «el éxito extraordinario», como «el éxito nunca visto», como «el éxito verdad», que llegan a decir algunos al público incrédulo, al que con el tiempo le tendrán que decir: «Palabra de honor, que ha sido un gran éxito», o «Por la salud de mi madre, que el éxito ha sido atroz», y seguirán sin creerlo.

Porque hay que desengañarse: cuan-



do al público no le gusta una obra, es inútil anunciar funciones populares al alcance hasta de los menesterosos, y para familias, incluyendo hasta los hermanos de leche, ni decir en los sueltos de contaduría que tomen las localidades con ocho días de anticipación, porque si no, tendrán que hacer noche en la cola de la taquilla, porque no van.

Y digo yo: como vía de ensayo, ¿por qué no hacen ustedes una cosa? En vista de que las obras que les gustan les están arruinando, ¿por qué no estrenan las que no les gustan? Tal vez se hincharan de ganar dinero.

¡Si la mayor parte de las obras que se estrenan en los teatros sin gustarle a nadie son los éxitos de las temporadas! Yo conozco muchos casos de estos, y este mismo año las tres obras de más éxito se han estrenado con el disgusto y, desde luego, sin el entusiasmo ni de los actores ni de las Empresas respectivas.

Ya sé yo que en muy pocos teatros se leen las obras; y aun en los que se imponen esta labor, que desde luego juzgo ingrata, pero es imprescindible para los negocios, ¿ustedes creen, salvo raras excepciones, que las leen los directores artísticos, o los empresarios, o siquiera el representante? Pues no, señor. Si ustedes supieran de lo que me enteré el otro día. ¡Pone el cabello como bayonetas!

Nosotros, contrariando el sano consejo que dice que la ropa sucia debe lavarse en casa, en la mía, que es la de ustedes, la damos a lavar fuera. La lavandera se llama Ruperta. De tanto lavarnos nos hace a veces su confidente, contándonos cosas de su intimidad. El otro día, estando contando la ropa, y sabedora de que yo escribo, le dijo, entre calcetines y camisetas, a mi esposa:

— Yo conozco mucho a uno que escribe que anda por los teatros; a X.

— Y aquí dijo el nombre de un célebre actor y director. — Yo le he criado, y cuando me quedé seca, ayudaba en la casa y leía las comedias que a mi señorito le llevaban al teatro para que las echara.

— ¿Las cogía usted sin que él se apercibiera? — le dijo mi mujer.

— No; me las daba la doncella, que estaba muy ocupá y no podía.

— ¿Cómo la doncella? — interrogó extrañada mi señora.

— Sí, porque a ella se las daba un empleo de contaduría, que era su novio, y al que tampoco le daba lugar de leerlas. Y al de la contaduría se las daba el hijo del director, a quien se las entregaba su padre para que las leyera.

¡Total: que la que llevaba la dirección artística del negocio era la Ruperta! Y afine usted en la técnica, y dé usted naturalidad a la exposición, y cuide usted el diálogo, para que después la obra la juzgue una ama seca. ¡Desde que lo supe no he podido volverme a peinar más que con cepillo!

Claro que tampoco comparto esas teorías de que las obras que gritan son las mejores, ni que al público hay que educarle a fuerza de párrafos y de tesis.

Yo tengo un amigo que seguramente es un genio, y que dice que tiene una Empresa para desarrollar su programa de teatro de arte, algunos de cuyos puntos son curiosísimos. El tiene la certeza que los que vayan a su teatro seguramente protestarán sus producciones, llegarán a arrojar cosas al escenario, y hasta es posible que abandonen la sala en plena representación.

Pero como la Empresa lo tiene todo previsto, dispondrá de acomodadores forzudos que, aparte que repriman cualquier manifestación de desagrado, al que intente marcharse lo cogerán por los hombros y, quieras que no, lo sentarán en su localidad y le obligarán a oír la obra hasta el final. Esto para el caso, naturalmente, que antes hayan roto las

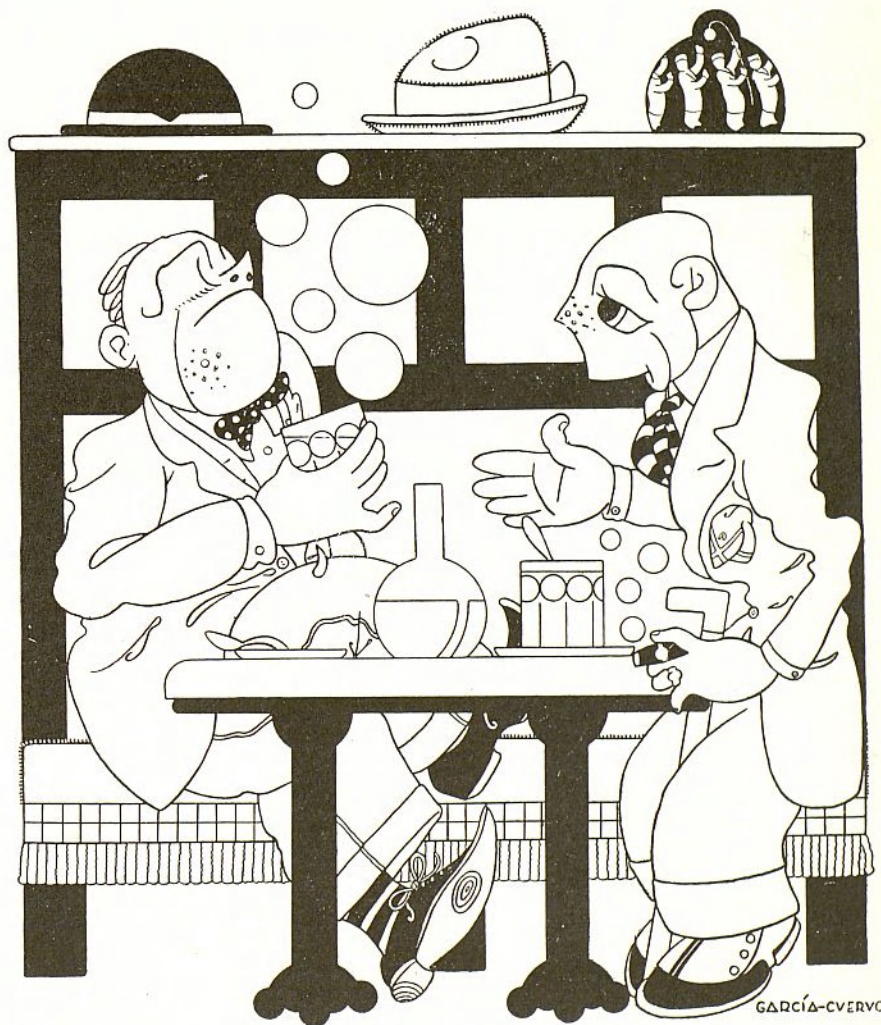
correas que automáticamente les sujetaron a su asiento apenas posados.

Es casi seguro, lo sabe mi amigo, que, por este sistema, el que vaya una vez no vuelva; pero tiene otra idea en su programa para ir haciendo a la gente a su teatro, para lo cual piensa contar con la cooperación del ministro de Gracia y Justicia.

— ¿Qué te parecería — me dijo recientemente, orgulloso de la idea que se le había ocurrido —, que las faltas leves que ahora se castigan con una quinceña se penaran en adelante con quince representaciones de una obra mía? Así se cumpliría mejor el fin de reforma que hasta ahora no se conseguía en las cárceles, y al propio tiempo se educaría a las masas analfabetas en el más puro teatro de ideas.

Y aquí doy fin a esta disquisición teatral, que se va haciendo demasiado larga.

ANTONIO PLAÑIOL



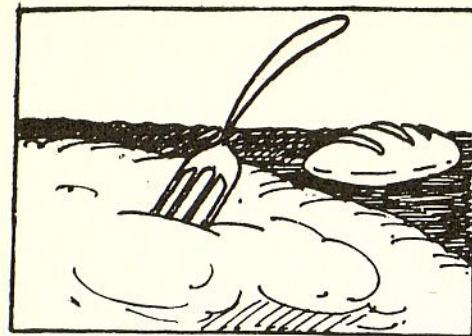
DE LA SERIE DE MARK-TWAIN

Dib. GARCÍA-CUERVO. — Madrid.

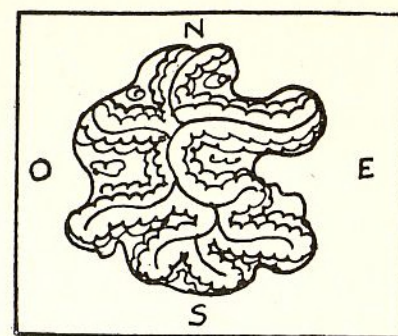
— ¡Lo que más admiro en ustedes los periodistas es que tengan siempre lo justo para cada número!...



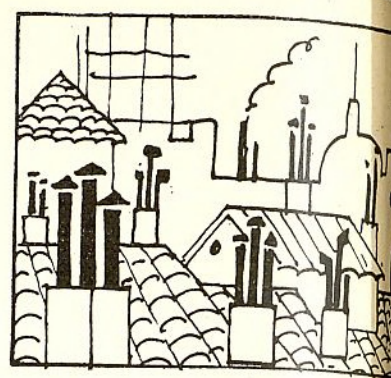
# EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1924



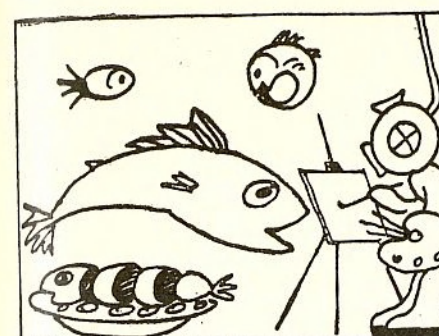
Sala VI. Núm. 908. J. Espina.  
Aquí el espectador piensa,  
al ver del cuadro la luz,  
que es una tortilla inmensa  
hecha con *oeufs* de avestruz.



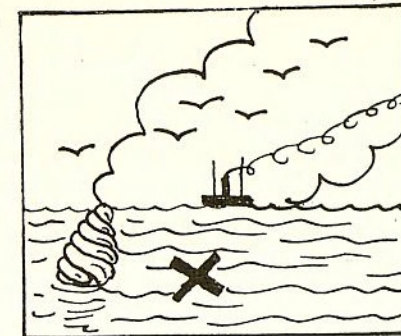
Sala VI. Núm. 38. F. Bernarreggi.  
Mapa orográfico de las islas Sandwich,  
construido con lana de los Pirineos.



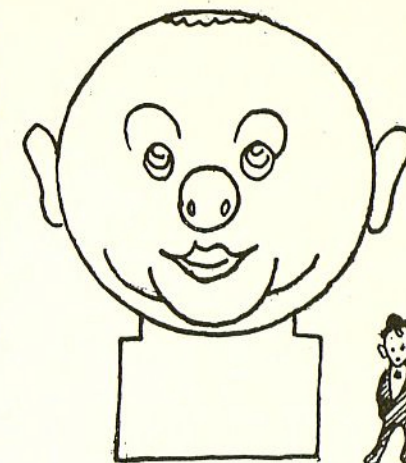
Sala VI. Núm. 598. Simonet Castro.  
El que no sea un primo o un pazguato,  
comprende que el pintor ha decidido  
mostrar cómo es Madrid, según un galo,  
príncipe del zarpazo y del maullido.



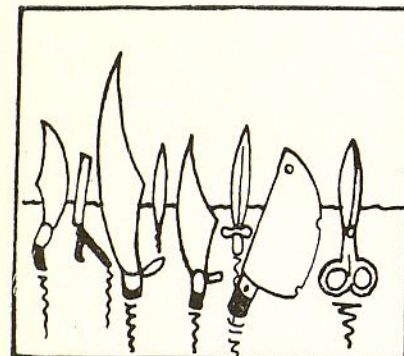
Sala VI. Núm. 1.054. C. Blanco Pérez.  
Es un cuadro que, en verdad,  
fué pintado de perfil  
y a doscientos veinte mil  
metros de profundidad.



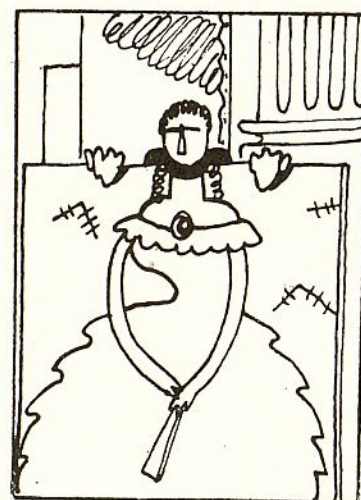
Sala VII. Núm. 776. Verdugo Landí.  
(X) Maravilloso lugar  
por donde entrara el pintor  
del cuadro acuoso anterior  
para su *Fondo del mar*.



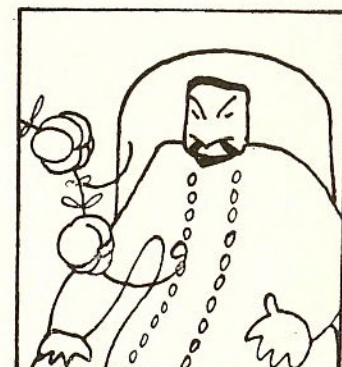
Núm. 1.227. Juan Cristóbal.  
Retrato de Indalecio Prieto, hecho con  
una bola del puente de Segovia. Tamaño  
del autor.



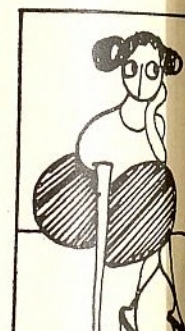
Sala VIII. Núm. 644. G. Prieto.  
Vista parcial del puerto de Albacete,  
en donde pueden verse las navajas,  
que ponen al más férreo en un brete,  
porque son tan cortantes como majas.



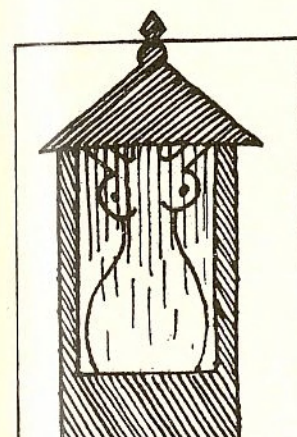
Sala IX. Núm. 990. Martínez Estévez.  
Seis retratos como la muestra, 3,50. Se  
hacen ampliaciones.



Sala IX. Núm. 760. Ortiz de Urbina.  
Este espera, ¡oh disparatel,  
que madure algún tomate.



Sala IX. Núm. 240. Mayo Surano.  
¡Cómo me fastidiaron  
el día que también me visitaron!  
(Véase el cuadro de allá.)



Sala IX. Núm. 797. Ferrer Cabrera.  
¡Horrible crimen! Hallazgo del  
cuerpo mutilado de una joven dentro  
de una garita. Le faltan las pier-  
nas y los brazos. La Policía hace  
pesquisas por otras salas de la Ex-  
posición.



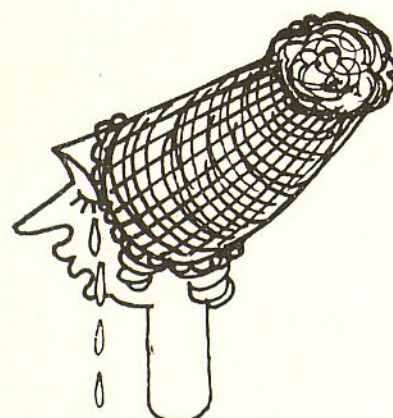
Sala IX. Núm. 1.103. García Carrió.  
— Pero, hombre, Sinforiano, deja eso.  
Ése ya es un asunto trasnochado.  
Todo el mundo, querido, ya ha olvidado  
el crimen del expreso...



Sala IX. Núms. 201 y 203.  
D. Moreno y Jesús Molina.



— Oiga, compañero: a usted  
le sobra pañosa y a mí me falta. Vamos a llegar a un acuerdo. Le  
doy este libro a cambio de su capa. Yo no necesito el libro, porque  
no sé leer.



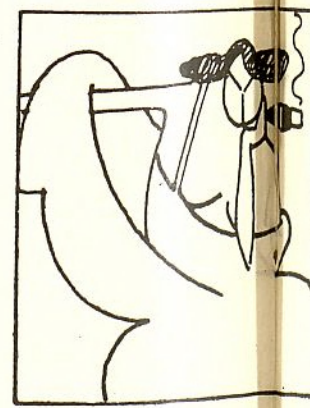
Sala VIII. Núm. 1.002. Juan Cristóbal.  
A llorar Pilar empieza,  
con amarguissimas hieles,  
pues le han puesto en la cabeza  
el cesto de los papeles.



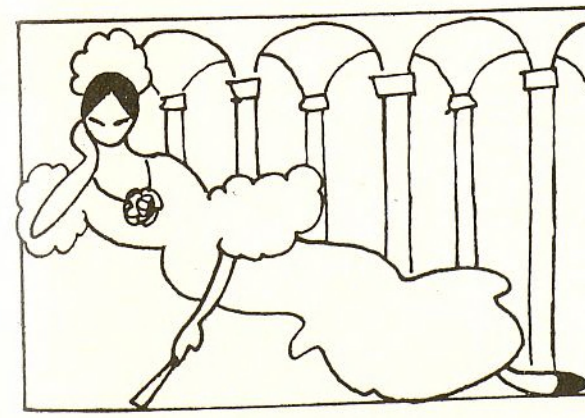
Sala IX. Núm. 97. Rafael Cortés.  
Con el picor del pie  
sostengo lucha fiera.  
(La pulga no se ve;  
pero es de Talavera.)



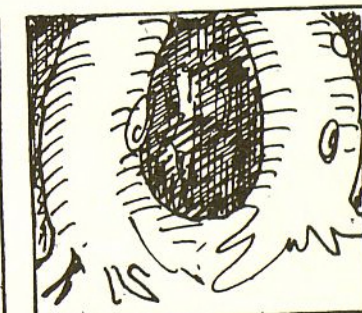
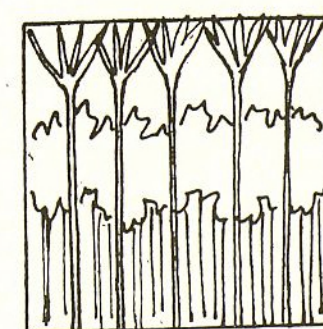
Sala XI. Núm. 906. Angel de la  
Fuente.  
Ultimo retrato de San José. (An-  
tes de la huida a Tebas.)



Sala XI. Núm. 693. López Cabren.  
«Mal camino.» Muy malo, sí, señor;  
si no escoge otro oficio este pintor.



Sala IX. Núm. 32. Diego López García.  
Esta chica, *morena y sevillana*,  
está triste en su patio de Sevilla  
porque ha visto a su novio esta mañana  
con una *curda* atroz de manzanilla.



Sala VII. Núms. 1.122 y 746. Carlos Maristany y Francisco Núñez Losada.  
Dos vistas del mismo bosque presentamos al lector:  
en una, aun está en la infancia,  
y en la otra (tomada en Francia)  
ya es un poquito mayor.

Dibujos de López Rubio (Francisco).

(Se continuará.)



# "BUEN HUMOR" EN PARÍS

CRÓNICAS ABSOLUTAMENTE VERACES  
DE UN VIAJERO REGOCIADO

## LXII

En el momento en que ustedes lean (o no lean, porque no les dé la gana, cosa muy posible, casi segura), estas líneas que trabajosamente estoy escribiendo, Poincaré habrá dimitido..., o estará a punto de dimitir..., o seguirá pensando todavía si dimitir o si no dimitir... Desde luego, una de estas tres cosas estará pasando, habrá pasado o estará próxima a pasar (como verán ustedes, leo en el libro del porvenir pero que de

carrerilla). Lo que es seguro, lo que es fijo e inmutable, lo que no remedia ni Dios, es que Poincaré se tiene que ir a su casa que quiera que no quiera (que aquí, dicho sea en voz bajísima, no quiere).

Podrá tardar más o menos; podrá hacerse el demente hasta que le echen de manera categórica, indubitable y hasta violenta; pero que se va Poincaré, no les quepa a ustedes la más indecente duda. Claro que se irá con pena (y con su señora, que es otra pena mayor); pero el resultado es que se irá: primero, porque le obligarán, y segundo, porque, como se habrá hecho el distraído, le volverán a obligar otra vez.

La satisfacción que a mí me ha producido, y me está produciendo todavía,

la derrota de monsieur Raymond es de tal magnitud, que estoy engordando a ojos vistas, a pesar y a despecho del deplorable plan nutritivo a que estoy sometido en los restaurantes de París. Y la razón de mi regocijo no puede ser más poderosa, amigos de mis entrañas: Poincaré es el hombre que a mí me ha hecho más desprecios en esta vida (¡en la otra, no ha podido, que, de poder, me los hubiese hecho también!) Poincaré es el hombre que, como recordarán ustedes, no me contestó al saludo que yo le dirigí en la *avenue Kléber* quitándose a su paso un precioso sombrero de catorce pesetas del ala. Poincaré es el hombre que, en mi segundo viaje a París, me vió en la estación del *Quai d'Orsay* y volvió al otro lado toda, o casi toda la cabeza, negándose la segunda salutación, y además riéndose de mí, cosa que no había osado la vez anterior, y que ahora se determinó a osar. Poincaré es el marido de la señora que anunció en *Le Matin* que no recibía precisamente el día de la semana en que yo, como inclito representante de las Bellas y Jacarandosas Artes españolas, había pensado ponerme a sus

pies para darla lustre, como el más in-mundo, andrajoso y huérfano de los be-tuneros.

Por eso ahora la caída de Poincaré me ha hecho libar el licor de los dioses, y mi vengativo corazón ha bailado el *fox-trot* más alegre y satisfactorio de su vida. De hoy en adelante, veremos quién se niega a saludar a quién, y quién se ríe a carcajadas en la estación del *Quai d'Orsay*, y hasta en la estación del tranvía, y quién anuncia en los periódicos que no recibe ni aunque vayan a visitarle con una tarjeta de recomendación de Santa Genoveva, virgen y vecina de París.

¡Ha llegado la mía, querido señor Poincaré y distinguida esposa!... ¡Y quiera el Cielo que esta lección les sirva a ustedes para no volverlo a hacer más!... El lema de la Revolución consta de tres palabras: *Libertad, Igualdad y Fraternidad*; pero ustedes han confundido sus significados lamentablemente. Yo me quité el sombrero, exponiéndome a coger por los pelos una pulmonía, en nombre de la *Libertad* y de la *Fraternidad*. Y ustedes me negaron su saludo, pensando seguramente:

— Como se trata de un desgraciado, *¡Igual dal!*...

Las elecciones de *députés* les habrán demostrado a ustedes que no daba igual, ni mucho menos. ¡Y hoy tengo la absoluta seguridad (y me apostaría con ustedes un franco, que no vale casi nada) de que todos los que han votado en contra de la política del señor Poincaré son *gachós* que le han saludado por la calle y no han tenido contestación!

La diferencia está en que yo, al verme despreciado, dije *¡voto a bríos!*, y los parisienses dijeron *voto al que sea, con tal de que, sea lo que sea, no sea partidario de Poincaré!*...

Y esta es la explicación castellana de las elecciones francesas. Me parece que nadie se la podría dar mejor ni más barata a mis adorables lectores.

## LXIII

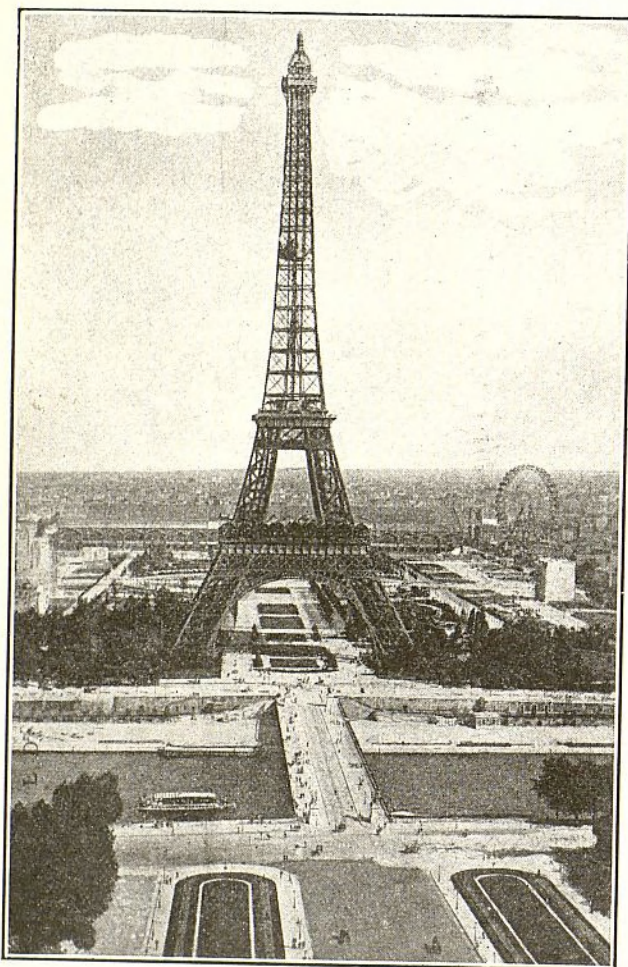
Por cierto, que el sistema de propaganda electoral en París es de una novedad y de una eficacia que se van ustedes a quedar yertos, o por lo menos bastante pasmados, en cuanto se lo diga. En Madrid se limitan los aspirantes a diputados, o a concejales, o a otras tonterías semejantes, a hacer fijar en las esquinas unos carteles por el estilo del siguiente:

### CANDIDATURA LIBERAL PARA DIPUTADOS A CORTES

GERARDO PATIÑO Y REDRUELLO  
ABOGADO PECUARIO

SIMÓN CERRADO DE LA PUERTA  
COMERCIANTE Y MARQUÉS DE OCA

Y así sucesivamente.



FOTOGRAFÍA POCO CONOCIDA

Hace tiempo que tenía ganas de ofrecerles a ustedes una fotografía de París realmente rara, un monumento o panorama absolutamente desconocido. Mucho me ha costado encontrar lo que buscaba; pero, después de im-probos esfuerzos, lo he hallado. Esta es la fotografía. Representa unas cuantas toneladas de hierro (las suficientes para curar la anemia a quinientos mil enfermos), dispuestas en forma de torre por un pobre hombre apellidado Eiffel, que después de hacer esto se quedó sin ganas de trabajar para toda su vida, y se conformó con irse a vivir al último piso de la torre, ahorrándose el alquiler, como es natural. Recientemente falleció allí, y para bajar sus restos mortales hubo que hacer locuras de equilibrio. Afortunadamente, no hubo desgracias personales que lamentar.



En París, una cosa como ésa no serviría absolutamente de nada. Aquí, por ejemplo, se disputan el acta los señores Jacques Rastel y René Dufour, y fijan las contundentes alocuciones que van ustedes a leer, como yo las he leído en todas las calles de esta no coronada villa; es decir, mucho más cómodamente que yo las he leído, porque había unos corros atroces delante de cada cartel.

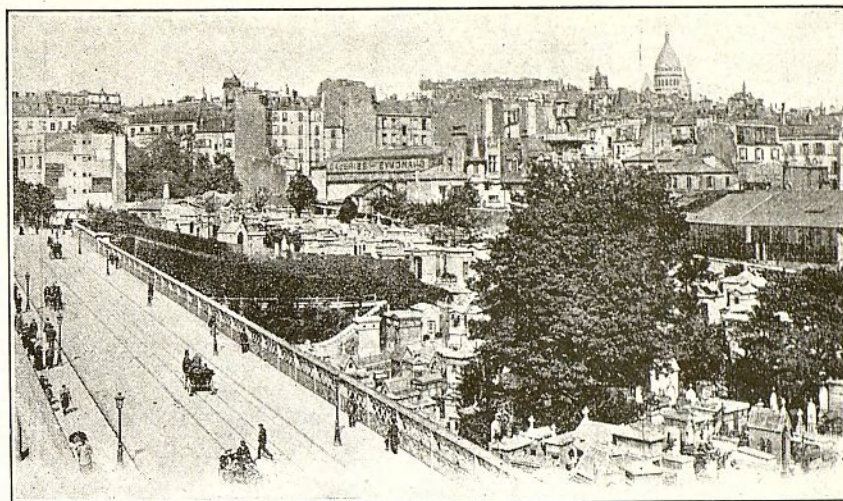
#### A LOS ELECTORES PARISIENSES

Monsieur Jacques Rastel os brinda su candidatura frente a la que el miserable René Dufour tiene la avilantez de presentaros. René Dufour, divorciado tres veces de otras tantas honorables esposas, convicto y confeso de corrupción de menores, de haber explotado el bacarrat en el Casino de Enghien y de haberse fingido enfermo de hidropesía para no ir al frente durante la guerra, no es el representante que os conviene. Además, no es elegante, y haría un papel ridículo en la Cámara. Si estais locos, o si sois imbéciles, votadle. Pero si tenéis un poco de sentido común todavía, votadme a mí. Vivo en la rue de Bretagne, número 87. Preguntad a los vecinos, y os dirán qué clase de persona es un servidor. No preguntéis a la portera, porque ésa no habla bien ni de su anciano padre.

Hasta aquí lo que dice Jacques Rastel, a quien ustedes, como yo, habrán tomado por un ángel, y a quien irían a votar con los ojos cerrados herméticamente. Pero fíjense ahora en lo que dice el otro tío:

#### ¡CIUDADANOS DEL XIII DISTRITO!

Monsieur René Dufour, al mismo tiempo que os recomienda su candidatura, se ríe de las pútridas calumnias que, para distraeros del cumplimiento de vuestro deber, se han lanzado sobre su vida inmaculada. Jacques Rastel es el causante infame de mis tres divorcios, porque me galanteó sucia-mente a mis tres esposas, quitándome su sabroso amor, como ahora me quiere quitar el acta. El bacarrat de Enghien, era él quien lo tenía contratado; y yo lo único que hice fué ganarle un día quince mil francos, lo cual explica satisfactoriamente la tirría que me tiene. Es verdad que yo no fui al frente; pero él no fué tampoco; y puedo demostrar que yo tenía hidropesía, pero que él no tenía más que miedo. Como orador, no os conviene, pues es tartamudo y habla con acento bordelés, lo cual haría que no se tomase en cuenta ningún discurso suyo, y quedaríais sin defensa. Actualmente, pega todos los días a su madre política, y ella a él, y cuando le araña (que es casi siempre) no sale de casa. Calculad las veces que faltaría al Parlamento, y lo poco que iríais ganando con un representante que no



EL «CIMETIÈRE MONTMARTRE»

Prueba plena de lo que yo he dicho muchas veces en estas crónicas: que en los cementerios de París no hay manera de descansar en paz, porque no le dejan a uno ni los vecinos ni los transeúntes. Diganme ustedes qué narices de reposo ni de tranquilidad puede haber en un sitio como éste, rodeado de casas, todas alquiladas, y cruzado por un puente, por el que pasa todo el que le da la gana. ¡Yo mismo, que soy ese que está parado al lado del primer farol de la acera derecha! ¿No me han conocido ustedes? ¡Pues soy yo, y además he salido muy bien! ¡Tan bien, que estoy hablando! ¡Probablemente, no me oirán ustedes; pero juro por mi salud que estoy hablando!

puede ocupar su escaño con frecuencia. No vaciléis más, y votadme a mí, que no tengo madre política, gracias sean dadas al Altísimo.

¿Y ahora, qué les parece a ustedes?

¿A quién han debido votar los parisienses: a Rastel o a Dufour?

¿Cuál de los dos tiene más vergüenza, a juicio de ustedes?... O, mejor dicho: ¿cuál de los dos tiene menos?

La cosa es abstrusa, arcana, impenetrable, formidable; pero para que no se calienten ustedes la cabeza (que en este tiempo es malsanísimo), les voy a sacar de la horrenda incertidumbre, y les voy a decir en dos palabras lo que ha sucedido.

Y lo que ha sucedido es que Dufour ha ganado la elección, pero con la ayuda de Rastel (que fué el que primero le votó) y de los amigos de Rastel, que también madrugaron lo suyo. Rastel ha tomado treinta mil francos que le ha aproximado a las manos el otro socio por hacer la comedia; se han bebido varios copazos de champagne celebrando el triunfo y, como remate, se han atizado un ósculo fraterno, prometiendo volverlo a hacer en las elecciones próximas.

¡En París no votaría nadie a un diputado a quien no le hubiesen puesto de miserable, de cochon, de emboscado, de concupiscente y de granuja, que no hubiera sitio hábil por donde cogerle!...

Landru hizo mal en irse al otro mundo sin haber presentado su candidatura. ¡Qué triunfo hubiese tenido!

¡A tres millones de insultos, siete millones de votos!

¡Y si los insultos eran merecidos, más votos todavía!

#### LXIV

En la place de la Madeleine hay un kiosco de cierta e imperiosa necesidad, al que suelo concurrir por el buen parecer y porque los parisienses vean que los madrileños no nos privamos de nada.

Acostumbro a ir los lunes, miércoles y viernes, y algún jueves que otro, que son los días de moda, en los cuales se reúne allí la alta sociedad.

Pero ayer tuve una sorpresa tan triste como estupefaciente. Al acercarme al kiosco, vi con asombro que estaba cerrado.

— ¿Qué pasa aquí? — pregunté a un guardia —. ¿Ha quebrado el negocio?

— Non, monsieur. ¡Esta mañana ha muerto la encargada. ¡Apenas llegó, falleció sin avisar a nadie!

Aunque no es lógico que en los kioscos se viertan lágrimas, las he vertido. Tenía cierta simpatía por la pobre dame y no lo he podido remediar. Luego he aproximado la curiosa nariz a la cerrada puerta, y ya no me ha cabido la menor duda acerca de la desgracia.

— ¡En efecto! ¡Aquí huele a cadáver! — he dicho tocándome las fosas (las nasales).

Y el guardia me ha dado la razón.

ERNESTO POLO

París. — Café de la Régence. — Mayo.



# LAS COSAS DE LOS TEATROS

## CADA CUAL SE GASTA SU DINERO EN LO QUE QUIERE...

Llegan hasta mí reiteradas indicaciones en el sentido de que gaste unas bromas más o menos «caritativas» a los autores noveles que, de algún tiempo a esta parte, han dado en la manía de formar compañías y arrendar teatros con objeto de estrenar sus comedias.

Llegan hasta mí tales indicaciones, y en verdad os digo que no me da la gana de hacer caso a mis anónimos comunicantes.

Me parece lícito, y dentro de la lógica, que un caballero — o una señora — se gasten un caudal en todo aquello que les parezca bien, sin limitaciones de los que les rodean y sin que tengamos por qué meternos en sus negocios.

Cada uno es muy dueño de estrenar sus comedias y sus dramas, y mucho más si la cosa le cuesta su buen dinero.

Si a Fulano la aventura le lleva a des-

embolsar varios miles de duros; si al otro le pasa igual, y si al tercero le amenaza la ruina, ¿qué tenemos nosotros que ver con ello? Mucho peor sería que escribiesen las obras, las hicieran recomendar, pidiesen pesetas por los derechos de representación y dejaran luego en la miseria a los empresarios, si eran tan incautos que se lanzaban a la aventura de montarlas.

Yo creo que, mientras dure la afición de todos esos señores, y los cómicos vayan comiendo y nosotros podamos divertirnos con tales estrenos sin barullos ni afluencia de gente, no habrá motivo ninguno para molestar a la reunión.

¿Que ocurre — ¡que sí ocurre! — que la gente se obstina en no ir a ver esas comedias? Pues he aquí una demostración más de la inocencia de esos señores y de que su gesto es inofensivo del todo.

¡Si el público no va a las representaciones, no hay daño material para nadie! Por muy malas que sean las pro-

ducciones de los autores noveles metidos a empresarios...

## INTIMIDADES

Antes se decía de una tiple que se presentaba en escena ligerísima de ropa:

— ¡Va enseñando el ombligo!

Enseñar tales intimidades era poco menos que el máximo descoco, la sicalipsis mayor, el ataque alevoso a la moral y a las buenas costumbres.

Hoy hemos avanzado mucho, y someter lo que antes dijimos — y nos ruboriza repetir — a la pública consideración, es de una vulgaridad rayana en el mal gusto. ¡O todo, o nada!

Hemos asistido recientemente al estreno de una obra en la que las señoritas del conjunto y las otras se complacían en mostrar sus carnes — unas blancas, otras morenas, y otras regulares — con tal ahinco, que el más misántropo salía del espectáculo convertido en alegres castañuelas. Lo enseñaban todo, y algo aún de propina. Yo, por mi parte, salí documentadísimo de cosas que ignoraba, y me llevé una aproximada idea de las proporciones de cierta popular tiple cómica.

Me equivocaría en milésimas de milímetros si especificase la distancia que hay del lado izquierdo al derecho — ustedes me entienden — de la aludida artista, del grueso de la pantorrilla y del grueso de otras cosas más que la decencia me impide escribir...

¡Hijas de mi corazón! Con un pañuelito de seda se les puede hacer una elegantísima *toilette*. ¡Qué económicas son las pobrecitas!

## UN DETALLE

Y ya que hablamos de indumentaria, ¿saben ustedes lo que se le ocurrió hace pocos días a un popular actor?

Estábamos en una fiesta, a la que asistieron señoritas, señoras y caballeros respetables; y en señal de reverencia, sin duda, el actor, cuando fué a pronunciar un discurso, se quitó la americana y el chaleco. Un poco más, y se queda en cueros.

Delicadeza y cortesía digna de hacerse pública.

## UNA ANÉCDOTA

Un periódico de Buenos Aires, recién llegado a Madrid, refiere la anécdota que sigue:

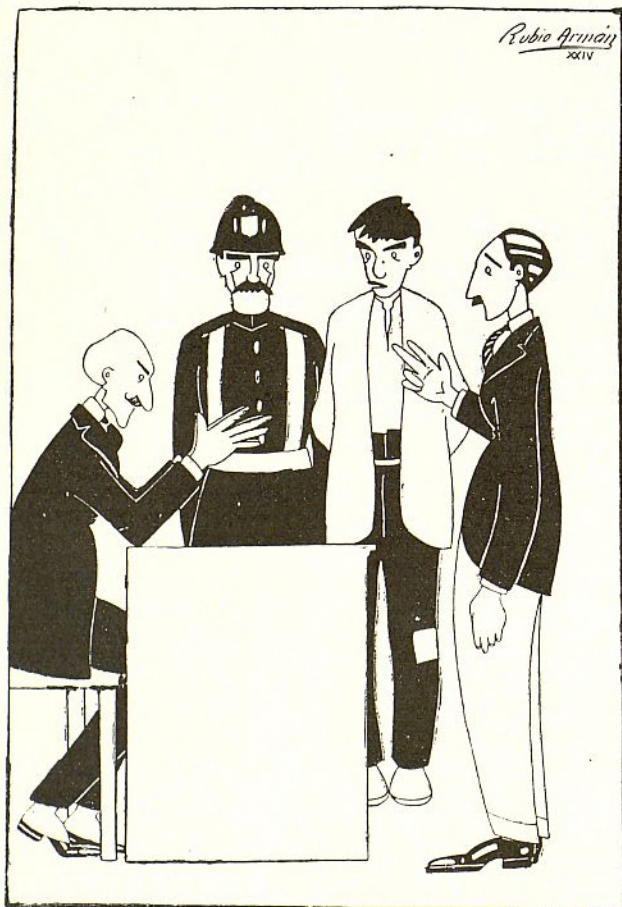
Trabaja — y no gusta — en uno de los principales teatros del Plata cierto afamado artista español; y durante la representación de un estreno, y al recitar un papel, hubo de exclamar:

— ¡No! ¡No estamos solos!

Inmediatamente le replicó alguien desde el paraíso:

— ¡Hoy, no; pero ya verás mañana!

José L. MAYRAL

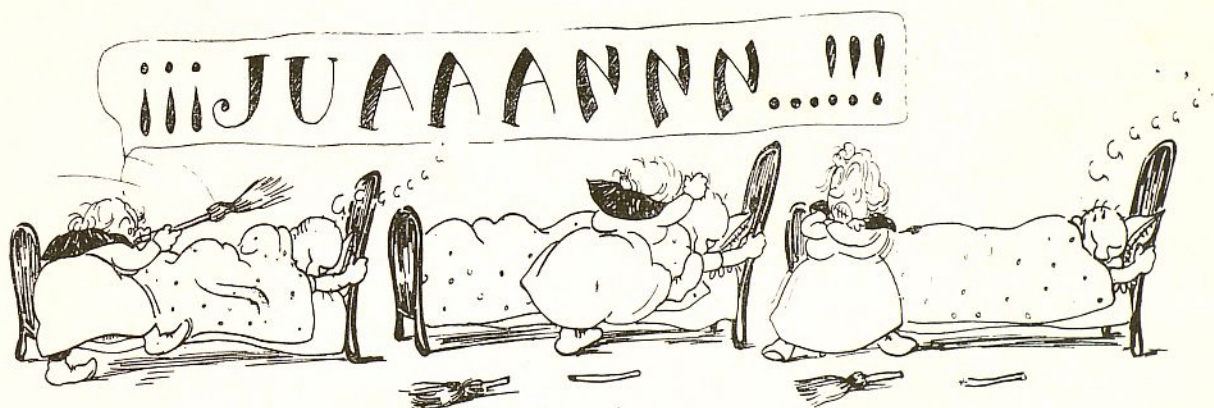
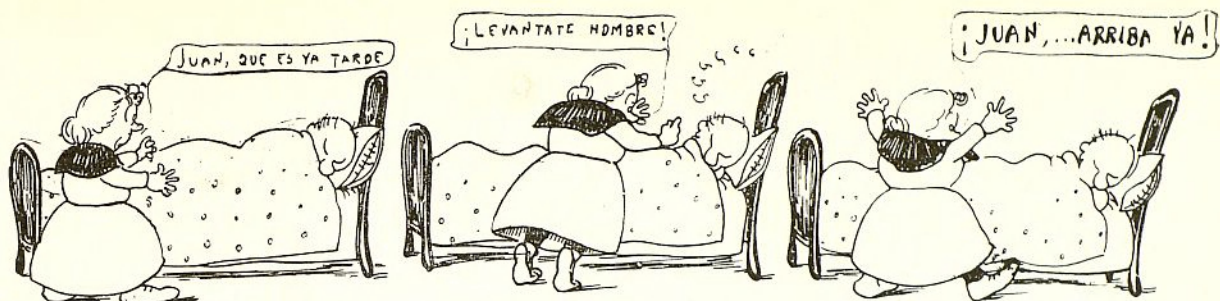


Dib. RUBIO ARMÁN. — Madrid.

EL DENUNCIANTE. — *Sí, señor: me ha robado una cadena de oro, un alfiler de brillantes y una sortija con un zafiro...*

EL RANDA. — *¡Todo eso es falso, señor comisario!*





Pérez Muñoz

Historieta de PÉREZ MUÑOZ. — Madrid.

OTRO DRAMA DE FAMILIA,  
O LA MUERTE DE JUAN

Ayuntamiento de Madrid







## TRABAJO Y RECOMPENSA

### SIÉNTESE, CABALLERO

Gutiérrez se acercó y me extendió con solemnidad su mano, que yo estreché. Lo presenté a mi amigo Escamilla, y los dos se quitaron el sombrero, como si quisieran enseñarse los forros.

— Servidor de usted.

— Muy señor mío.

— ¿Y qué...? — preguntó Gutiérrez, mirándonos con altanería.

— Nada.

— ¡Ah, buenol... ¿Vamos para abajo?

— ¡Vamos! — dijimos resuelta y heroicamente, como si en vez de dar un paseo por la Castellana se tratara de ir a una cacería de leones.

Y los tres, levantando al mismo tiempo la pierna derecha, comenzamos la marcha.

— ¿De qué hablaban ustedes — preguntó Gutiérrez, que tenía ganas de pegar la hebra.

— ¡Pschl... Del trabajo — arguyó Escamilla con displicencia.

— ¡Oh sí, el trabajo! ¡Qué hermoso es el trabajo, para los trabajadores! — dijo con engolamiento Gutiérrez —. Ya habrán ustedes oído que hay que intensificar la producción.

— Es decir, que los que trabajan deben trabajar más — dijo Escamilla.

— Yo — insistió Gutiérrez — me quedo embobado cuando veo en la calle una cuadrilla de trabajadores hacer un hoyo, revocar una fachada o levantar adoquines. Da gusto verlos ir de un lado para otro con un cubo, tirar de una cuerda, levantar una tabla o llevar una espuesta llena de tierra. Al verlos sudar, dan ganas de pararse frente a ellos y entonar la canción del trabajo.

— Y ellos le dirían: «Echenos una mano, y no nos venga con canciones.»

— No me negarán ustedes — repitió Gutiérrez sin hacer caso — que esos individuos que trabajan en las calles dan un hermoso ejemplo a los que nos paramos en las aceras. El otro día vi arrancando tierra en unos desmontes a un muchacho, Veluti, que me debía dos duros, y me dieron ganas de irme a él y decirle: «¡Venga ese picol!»

— Aunque tuviera usted la voz de Fleta para entonar esa canción al trabajo, no me convencería usted — arguyó Escamilla soliviantado —. ¡El trabajo! ¡Cuánto mejor es no hacer nada! Con qué gusto oye usted al ir de visita: «Siéntese, caballero.» «Descanse.» «Tome esta silla.» «Ahí tiene usted el diván.» «No se moleste.» ¡Y qué agradable le es a usted la persona que le recomienda quietud y tranquilidad! Y cómo suena a golpe de hierro y estropicio que le digan: «¡Actividad!» «¡Movimiento!» «¡A menearse!» ¡Ah, no! Yo no envidio al que se rompe la crisma con una pala o un pico. Me gusta, sí, hacer observaciones al que trabaja. Si veo a unos jornaleros echar el bofe para levantar un

bloque de mármol, me arrimo: «Tiren hacia allá.» «¡Cójalo de este lado!» «¡Arriba!» «¡Ahora!» «¡Sostenga usted allí!» «Tire con fuerza.» «¡Más!» «¡Ajá!» «¡Muy bien...!» «¡No; así, no!...» «¡Cuidado!» Y hago otras indicaciones útiles, y me voy con las manos metidas en los bolsillos. Somos muchos los españoles que hemos nacido para dar órdenes.

— No me negará usted que el trabajo tiene su recompensa — insistió Gutiérrez.

— Sí. Después de la tarea puede usted comerse un plato de cocido en el banco de un paseo, al lado de Ruperta, y leer unos versos encomiásticos de Casero. No me convence usted, Gutiérrez. Ahora, que soy un parásito, todo el mundo me saluda. Los amigos me estiman; los porteros me dejan el paso franco, y los chófers me dicen: «Taxi, señorito». Si mañana estas gentes me vieran en la calle ganando un jornal, huirían de mí. A la tertulia del café lle-

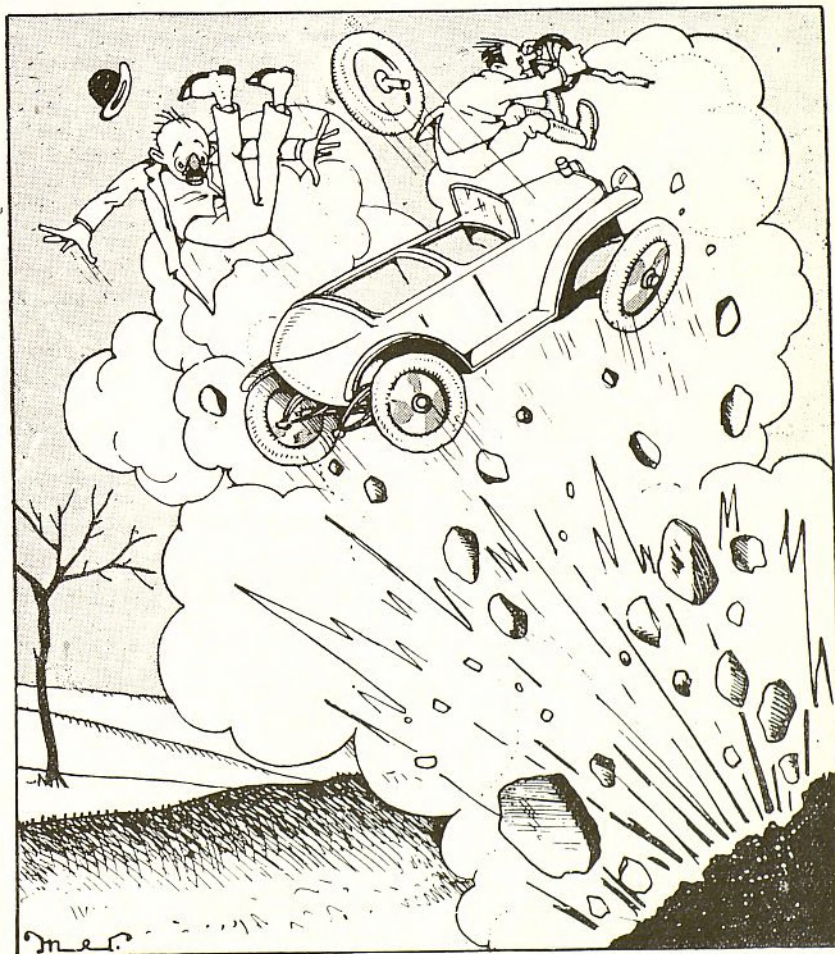
garía la noticia: «¡Lo he visto en la calle haciendo un hoyo!» «¿Un hoyo? ¡Qué hondo ha caído!» La única manera de defender nuestra reputación es no hacer nada, y si alguien trabaja, inspeccionar su trabajo y criticarlo. Y eso da postín y hace usted ver que tiene gustos delicados. Si pasa usted junto a un nuevo edificio, mire la fachada, y diga malhumorado: «¡Qué fachadita! ¡Vaya un asco de casa! ¿A qué animal se le habrá ocurrido esa fachada?...» O al pasar un baño: «Cuándo acabarán este teatro? Dos años, y está como el primer día.» «¡Ya editó Fulano otra novela! ¿Quién leerá los libros de ese zopenco?» «¡Caray, otro Banco! ¡Y en lo alto, otra cuadrilla! ¡Ya son muchos caballos!» Y diciendo esto, pasa por inteligente.

— ¿Usted cree que lo mejor es no moverse?

— Sí, señor.

— Pues, ¡quietos!... Vamos a sentarnos junto a este velador — arguyó Gutiérrez —, pues quiero defender mi teoría del trabajo.

JULIO ROMANO



EN LA ZONA MINERA

Dib. MEL. — Madrid.

— Muy bien, amigo mío; ya veo que sus minas de petróleo están en plena explotación...



## DIÁLOGOS SATÍRICOS

## YO LE PROTEJO A USTED

—La preocupación de proteger a todo el mundo, no cediendo al ajeno ruego, sino de una manera espontánea, es una forma de vanidad, según ya dejó probado Montesquieu.

—¿Montesquieu? Todo está bien, menos lo de que sea Montesquieu quien haya dicho y demostrado esa evidentísima verdad que acusa a tantos pedantes.

—Habrá sido Pascal...

—Tampoco.

—¿Balmes?...

—No.

—¿Acaso Gracián, descubierto ahora por los franceses?

—No...; no recuerdo, ni hace falta, para afirmar que, en efecto, existe ese raro y ridículo ejemplar cuya idea de sí propio es tan alta, que, si os tropieza, no puede dejar de saludaros con estas frases:

«Yo le recomendaré a usted a Fulano.» «Esté tranquilo, que en casa de don Perengano le atenderán bien, porque he hablado ya por usted.» «Aunque no me pida usted nada, me preocupa mucho todo cuanto le atañe. El otro día, en la reunión de..., hice de usted un merecido elogio.» «Queda usted bien recomendado al director de...» «¿Necesita usted algo para la empresa X? Pídamelo cuanto quiera. Allí me consideran mucho. Me deben muchísimos favores. En hablando yo por usted...» Y aunque ellos no están seguros del éxito de su intervención (contraproducente en muchos

casos), se erigen en protectores espontáneos sin que usted les pida nada. No ven que son mal acogidas sus ridículas oficiosidades; no comprenden que la gente no es ya tan idiota que ignore lo que en la pretendida ayuda hay de vano y de estúpido. Además, en la mayoría de los casos, desgraciadamente para la persona recomendada...

—¿Dice usted desgraciadamente?

—Sí, porque suelen, en efecto, desviarse y afanarse en semejantes tareas ciertos sujetos tan poco recomendables, que no son los más indicados para recomendar con eficacia a otros.

—Pero observe usted que tales pintorescos *Mecenas*, al ofrecerse como tales, imaginan quedar, *ipso facto*, situados en plano superior, en una plataforma de posibilidad influyente, y hácese la ilusión de ser realmente personajes. Variedades curiosas de este tipo son, por ejemplo, los que escriben siempre en papel del Ateneo o de los Consejos de administración de grandes Empresas; papel de director de un gran periódico; papel de ministro de..., de presidente de..., no para engañar a nadie con la pretendida posesión de tales altos puestos (que eso es imposible, y no lo ignoran), sino para dar a los amigos la sensación de poseer amistades de altura, de codearse *con gente*... «Te escribí en papel de ministro, porque en aquel momento estaba con él, en su despacho», dicen, ocultando como un delito

el acrobático sistema de *cazar* esos plieguecillos de papel de cartas. En fin, conozco a algunos que hasta se han mandado hacer besalamanos tan pintorescos como este modelo:

*El autor*

*de la famosa obra «El Charrasco»*

*B. L. M.*

*FULANO DE TAL Y TAL*

*aprovecha gustoso, etc., etc.*

O bien:

*El conocido escritor,*

*secretario que fué*

*del Excmo. Sr. Presidente de...*

*B. L. M.*

*FULANO DE TAL Y TAL*

*aprovecha gustoso, etc., etc.*

Y hasta no ha faltado alguno que los redacte así:

*El amigo íntimo*

*de varios ministros y académicos*

*de la Lengua*

*B. L. M.*

*FULANO DE TAL Y TAL*

*aprovecha, etc., etc.*

—¡Qué bonito! Estos documentos acusan una inocencia rústica, como para engañar a los pazguatos de la aldea.

—Ciertamente, ésta es la vanidad más plebeya; pero ni a éstos ni a los otros les toma nadie en serio, aunque ellos desempeñan su papel con ceremoniosa y grotesca seriedad. Nada te hablo de los que se dedican a felicitar a grandes personajes en toda fiesta onomástica, y coleccionan las respuestas, ni de aquellos que se dirigen a los ministros, senadores, académicos..., y enseñan a sus amistades estos preciosos documentos. Caen todos dentro de esa última variedad plebeya.

—¿Y a los escritores, no se dirige nadie?

—No. Como no tienen montada una secretaría particular para el despacho de su correspondencia, no contestan jamás las cartas.

—Es verdad. Curioso tema de conversación el de esta tarde. ¡Qué interés tiene todo esto para la historia de la vanidad humana y para el estudio psicológico de los pedantes!

ROBERTO MOLINA



Dib. DEL RÍO. — Barcelona.

—¿Es verdad que te has juntao otra vez con tu mujer?  
—¡Sí; es que voy a entrenarme para ir a la Olimpiada!



# ARTÍCULOS DE LUJO

Los doce o catorce duros que mensualmente cobran hoy las nodrizas españolas, no suponen gran cosa, esta es la verdad, en el cúmulo de impedimentos con que una familia modesta tropieza para dar a criar sus hijos en pechos extraños. Un pequeño esfuerzo económico bastaría para que la conservación de las gracias físicas de la mujer, tan fáciles de marchitar, no sea un privilegio de las madres adineradas, que pueden permitirse la coquetería de ser madres y de ser bellas a un mismo tiempo con sólo evadirse al peligro de amamantar por sí propias a los hijos de sus entrañas, mammoncitos irreverentes que, una vez agarrados a los pechos alimenticios, no respetan la belleza ni respetan nada que no sea su láctea manutención.

Doce o catorce duros mensuales, al fin y al cabo, los puede reunir cómodamente un sencillo empleado de la Administración pública con sólo prescindir durante una temporada del café a media tarde, del postre a mediodía y del periódico por las noches; ello, claro está, en la hipótesis de que tome café, coma postre y lea los periódicos. Si todo se redujera a esto, a los doce o catorce duros de cada mes, es cosa cierta que los amores desgraciados de las mozas gallegas y asturianas no darían a Madrid el contingente necesario de amas de cría que aquí se iban a necesitar, porque toda mujer que se estimara en algo, a uno de los más sagrados deberes de la maternidad pospondría uno de sus más imperativos anhelos: ser siempre hermosa. Y es cosa sabida que nada estropea tanto a la mujer como el criar a sus hijos. Pero la dificultad no se encuentra ahí; la dificultad radica principalmente en la manutención de las nodrizas, y esto no está al alcance de todas las fortunas, como la digestión de lo que comen esas mujeres no está al alcance de todos los estómagos. Nodriza conozco yo que se desayuna con dos litros de leche, media docena de huevos, kilo y medio de pan y doscientos gramos de manteca. Rothschild, probablemente, no podría atender a gasto tan enorme. ¿Cómo, pues, pensar que un don Juan González ha de entregar sus hijos a pechos tan costosos, aun cuando las nodrizas trabajaran por *sport*? No; la nodriza es un artículo de lujo que, mientras no modere su apetito, sólo podrán gozar las madres adineradas. Y si bien es verdad que no cobran más que doce o catorce duros mensuales, y que esta cantidad para nadie es un despropósito, no es menos indiscutible que media docena de huevos y dos litros de leche son para muchas familias el alimento de una semana.

Pues bien: lo mismo que ocurre con las amas de cría, ocurre con los automóviles, es decir, ocurría hasta ahora. Una

trampa insignificante, un préstamo, un ligero negocio limpio o sucio, le ponían al más simple señor en posesión de un automóvil estupendo. Pero como el automóvil no es un aro que anda con empujarle solamente, ni un florero que, si no se usa, podemos guardar en el cajón de la cómoda o en el fondo del baúl, he aquí de forma indubitante que lo de menos para tener automóvil es el automóvil. Lo principal es la gasolina que consume, equivalente a media docena de huevos y dos litros de leche diarios; el chófer, sobre poco más o menos, come doscientos gramos de manteca, y el garage, en pan, algo así como dos kilos y medio, todo ello muy caro de sufragar.

En resumidas cuentas: el automóvil y la nodriza vienen a ser dos cosas por el estilo, diferenciándose, esto es lógico, en que la nodriza no puede subir la cuenta de las Perdices, y en que, por mucho que se chupe el neumático de un automóvil, no se consigue de él más *jugo* que el polvo de la carretera. Por lo demás, y aparte de que hoy cualquiera puede tener automóvil, riéndose de sus gastos y ganando dinero encima, con dedicarle unas horas diarias al servicio público, resulta que el automóvil y la nodriza son hermanos gemelos.

La solución, pues, del conflicto de la manutención del automóvil es, gracias a lo moderno de nuestras costumbres, una cosa sencillísima. Basta disfrazarle con unas listas azules, especie de fajín de Estado Mayor, para que, oficiando de *taxi*, gane el pan que se come con sus propias manos. Este procedimiento, puesto en práctica por muchos señores de altura social, está dando resultados magníficos. Los coches son como aquellos nobles de siglos pasados que gustaban de confundirse con la plebe, para después brillar en reuniones y saraos, como nobles, sí, pero como nobles que fueran al arroyo a ganarse la vida, sin perjuicio después de ser rendidos galanes de damas hermosas.

Gracias a esta treta del auto de alquiler, que lo es más tarde de lujo, el automóvil ha dejado de ser un imposible para quienes antes no podían costear su manutención. ¡Lástima que no podamos hacer lo mismo con las nodrizas! Por ejemplo: de dos a cinco, dedicadas a dar leche pura en un bar, o hacer con ella rico requesón de Miraflores. Entonces, con doce o catorce duros mensuales, estaría todo arreglado, y las madres modestas se podrían reír de la fealdad de sus gracias marchitas, y los padres de familia, de las medias docenas de huevos, de los kilos de pan y de los kilos de manteca.

MARIO LEON

Dib. ANTÓN  
Valencia.



— Son seis pesetas la docena de retratos...

— ¿Y qué rebaja haría usted por una gruesa?...



# DEL BUEN HUMOR AJENO

EL GUSTO DEL POTAJE,  
por Jules Lévy

**Personajes.** — *Fernando Pluche*, cuarenta y cinco años; *Lucía Pluche*, su esposa, treinta y ocho; *Augusto Boulard*, amigo de Pluche, cuarenta y siete; *Rosalía*, criada de Pluche, veinte.

*Pluche lee la cotización de Bolsa. Lucía entra de hacer unas visitas, y Rosalía pone la mesa.*

Lucía. — Rosalía, trae la comida en cuanto esté.

Rosalía. — Bien, señora. (*Sale.*)

Fernando. — ¡Vamos, ya es hora! Tengo un hambre de lobo. Las nueve y media. ¿Te parece bien comer a estas horas?

Lucía. — Te incomodas porque se retrasa tu partida de billar. Estate tranquilo. Bouquin y Perinel no empiezan sin ti. Les eres indispensable.

Fernando. — No es eso, querida. Es que el estómago se queja. Tengo un apetito atroz.

Lucía. — Pues a comer. Tenemos potaje y judías verdes en ensalada.

Fernando. — Tengo tal hambre, que me parece magnífico.

Lucía. — Es una broma; pero ya sabes que cuando yo no estoy, Rosalía no se atreve con *menus* complicados.

Fernando. — Bueno; está bien. Vamos a comer. El billar me reclama. (*Suena el timbre de la puerta.*)

Lucía. — ¿Quién podrá ser?

Rosalía (*entrando*). — Señorito, el señor Boulard.

Fernando. — Le habrás dicho que no estamos...

Rosalía. — ¡Yo no sabía!... Le he dicho que estaban...

Fernando. — ¡Animal! Bueno; que pase.

Lucía. — ¡Vaya por Dios! ¡Siempre tan a tiempo!

Augusto (*entrando*). — Muy buenas, querido. No me esperabáis, ¿eh?

Fernando. — ¿Cómo íbamos a suponer?

Augusto. — Pasaba por el barrio, y me he dicho: «¡Hombre! Hace bastante tiempo que no he comido en casa de Fernando; voy a subir». Y aquí estoy. ¿Qué tal, señora?

Lucía. — Bien, gracias.

Augusto. — Desde luego, sin ceremonia alguna. Lo que tengáis, y nada más.

Fernando. — Pues ¡a buena parte vienen! Tenemos potaje.

Augusto. — ¡Magnífico!...

Fernando. — Entonces, ¡a comer!

Lucía. — Sirve la comida, Rosalía.

Augusto (*sentándose a la mesa*). — Además, es un principio mío, cuando tengo que comer en la ciudad, ir a casa de un amigo. En los restaurantes se come muy mal.

Fernando. — ¡Que se te queda frío el potaje!

Augusto (*comiendo*). — Delicioso es este potaje, señora. No hay guisos como los caseros. Los del restaurante son detestables. ¿Habrás, por casualidad, un huevo, señora?

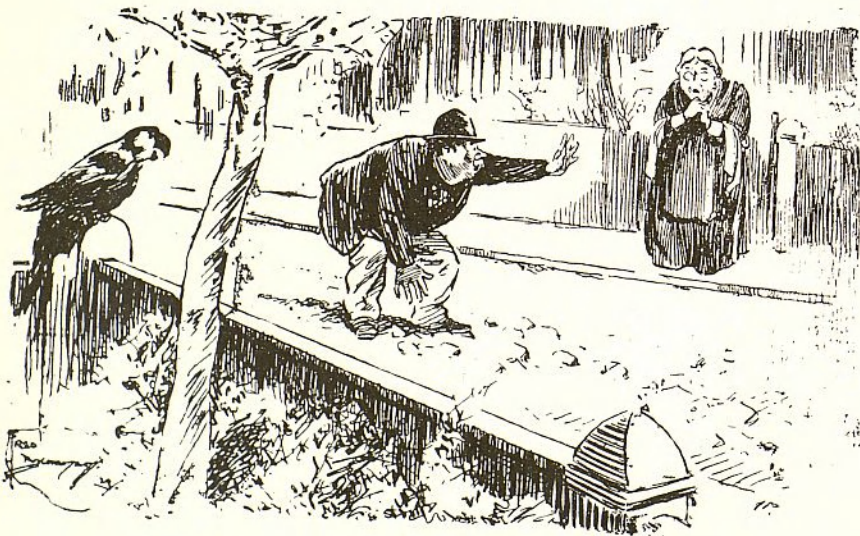
Lucía. — Sí, señor... ¡Rosalía, trae un huevo para el señor Boulard!

Rosalía. — No quedan, señora.

Lucía. — ¿Cómo?... ¿No quedan?... Baja a la frutería y compra uno.

Augusto. — Que te lo den fresquito, niña...

Rosalía. — Bien, señor.



## EL LORO ESCAPADO

— No tenga usted cuidado, señora: le aseguro que no se escapará. Todo está en que consiga darle bien con esta piedra...

(De *The Humorist*, de Londres.)

Augusto. — Usted no sabe, querida señora, lo delicioso que es un huevo en el caldo. Le pido mil perdones por este trastorno; pero para mí un caldo sin huevo es como una mujer sin cabellos. (*Llega la muchacha con el huevo, que Augusto echa en su sopa y come con fruición. La conversación prosigue. Rosalía sirve la carne.*)

Augusto. — ¡Holal... He aquí un buen trozo de vaca. ¿Quieres traerme la mostaza?

Fernando (*seco*). — Toma.

Augusto. — Pero ¿qué clase de mostaza es ésta?

Lucía. — Es una mostaza excelente.

Augusto. — ¡Oh, señora! Le pido mil perdones. No digo que sea mala esta mostaza; pero yo no consumo otra mostaza que la mostaza a *L'estagon*.

Lucía. — Nosotros no la compramos nunca.

Augusto. — Sea tan amable que envíe por ella. La carne sin esa mostaza es como una...

Fernando. — No busques comparación, porque vas a decir una idiotez.

Augusto. — No. Iba a decir una frase justa.

Fernando. — Pues guárdatela.

(*Lucía se levanta para enviar a Rosalía por la mostaza. Augusto cuenta nuevas historias. Las judías tienen la suerte de ser de su aprobación. Rosalía trae la ensalada y Fernando se dispone a sazónarla.*)

Augusto. — Perdona, amigo mío, antes de cometer un sacrilegio. ¿Tienes la amabilidad de decirme qué aceite vas a echar?

Lucía. — El que tenemos. Aceite de oliva.

Augusto. — ¡Oh, señoral... ¿Puede usted emplear ese aceite?... Deja en la boca un gusto detestable. Yo no puedo soportar más que el aceite blanco. ¿Podría usted enviar por él a vuestra amable doncella?

Fernando. — Escucha, amigo. Tú tienes un gusto excelente, no digo lo contrario; pero me vas a permitir un consejo.

Augusto. — ¿Cuál?

Fernando. — La próxima vez que vengas a comer aquí tendrás la bondad de traerte la comida contigo, porque si cuentas con molestar cada cinco minutos, te puedes ir. Te aguantarás con aceite de oliva, o no comerás ensalada. Rosalía, no bajes más.

Augusto. — Es que... el gusto del potaje... Sin embargo..., amigo...

Fernando. — Te aguantas. Son cuatro pisos sin ascensor. (*Acaba de terminar la condimentación de la ensalada.*) ¿Quieres, o no?

Augusto. — Un poco. (*Alarga el plato, come y se vuelve a servir.*)

Lucía. — ¿Cómo la encuentra?

Augusto. — Deliciosa, querida señora. No la he comido nunca tan buena...

A. R. H.



# CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

*Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:*

**BUEN HUMOR**

APARTADO 12.142

MADRID

**Kamech. Madrid.**— Querido pollo: si su última elucubración no fuese tan ferozmente exagerada, la hubiéramos publicado; pero nos parece demasiado fuerte su método de hacer chistes. Los confecciona usted como si quisiera dar con ellos en el cráneo a los lectores. Son contundentes, horribles y asesinos!... Afine, afine, que aquí le estimamos noblemente.

**HERNIAS**  
Bragueros científicamente.  
J Campos  
único MEDICO  
ORTOPEDICO  
de MADRID  
Angusto Figueroa 8

**A. R. Oviedo.**— Hermosa, distinguida, festiva y cloruradosódica señorita de nuestro corazón: su cuento es, en efecto, macabro, cadavérico y un poco «fiambre» (queremos decir que, es tan valetudinario, que lo conocen lo menos tres generaciones). Pero, ¡ah!, tiene

Estamos de acuerdo, ¿verdad?... ¡Naturalmente! Ya sospechábamos que usted nos daría la razón en cuanto discutiésemos un ratito!

**Padrino. Madrid.**— Los dibujos están bien; pero los chistes son desastrosos.

**M. Davies.**— Le sucede a usted exacta y categóricamente igual que al señor anterior.

**Madrinas de guerra.**— Las piden, suspirantes y espezanzados, los caballeros siguientes: Benito Duque (Grupo expedicionario Valladolid, segunda compañía fusiles, Melilla); Gregorio Barran (regimiento Serrallo, cuarta compañía, Ceuta); Calixto Serrano González (Comandancia Ingenieros, compañía de obreros, Melilla); Luis Alonso Revuelta (Centro Electrotécnico, compañía automovilista, Melilla); Víctor Bernal, Francisco Mateo y Manuel Maldonado (batallón Cazadores de Chiclana, Larache); Sebastián Nardales, Desiderio Iglesias, Manuel Rodríguez, Francisco Elena, Juan López y Antonio Ontiveros (cuarta batería del regimiento Ceuta, Tetuán); Angel Garayoa, Enrique

**Pippo. San Sebastián.**— Vamos a insertar el principio de su oda (!!!) denominada «A mi amadísima prometida»:

«Es tu cara muy hermosa,  
y tu pierna es aceptable.  
Tu nariz, color de rosa,  
y tu conjunto muy adorable.  
¡Serás una buena esposa!...»

¡Que se cree usted eso! ¡Si después de casados la sigue usted disparando poesías como la que nos ocupa, se la pega a usted con el primero que se presente. ¡Por éstas!

**Degollina de dibujos.**— De la espantosa hecatombe de obras de arte, de la cual hemos salido con las manos tintas en cataratas de sangre, no han podido librarse (por más esfuerzos que hemos hecho) los siguientes infortunados señores: Eguía, Utrera-Rivas, A. Rodríguez, Fausto Barajas (!!!), Rau, M. Puerto Blanco, J. María Garrido, Chispero, Repiso, C. Nogales, Tolosa, J. Bermudo, La Villa, Paicloi, J. Castellón, Ordás, N. P. de Agreda, Eza, Enrique Martínez, J. Roma, G. Redondo,

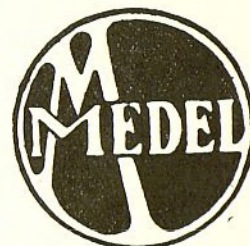
*No le des vueltas, Bartolo; si quieres enamorar, has de usar Licor del Polo de Orive.*

**FAJAS DE GOMA**

Sostenes IDEAL

**PRESA** Fuencarral, 72.  
Teléfono 48-00.

**Señorita. C. H. V. Madrid.**— A su gentil ofrecimiento, publicado en nuestras columnas, y en el que deseaba las señas de un oficial «si-



**GRAN VÍA, 18**  
JUGUETES  
COCHES DE NIÑO

tuado» en Melilla para decidirse a ser su madrina de guerra, han contestado los heroicos paladines siguientes: M.3 oficial (regimiento Melilla, número 59, tercer batallón, tercera compañía); Arturo Jiménez (oficial de la Mehalla jalfiana de Tetuán, número 1, herido,

**AMADOR**

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Hernández, Gerardo Real y Manuel Torralba (Legión extranjera, quinta compañía, Ben Tieb, Melilla); Emilio Huidobro y Joaquín Fernández (Comandancia Ingenieros de Ceuta, quinta compañía de Zapadores, Tetuán); Manuel Díaz San Martín y Cruz Blanco Moreno (Tercio extranjero, plana mayor de la primera bandera, Ben Tieb, Melilla); Valentín Gil (Comandan-

**ALBERTO RUIZ**

JOYERÍA.—CARRETAS, 7

Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

Un andalú, Pepe, L. Enciso, J. Baroja, A. Federico, Olga Domingo (los veintisiete, de Madrid); Boli-la, E. Martín Y., T. Pérez (los tres, de San Sebastián); Revilo, Larruy (los dos, de Barcelona); Godínez, Bobby (los dos, de Carabanchel); A. Basallo, E. Acebal (los dos, de Sevilla); Norrik (de Gijón); A. Prieto (de Vigo), M. López (de Alicante), Juan Singler (de Biarritz).

**BUEN HUMOR se vende en París en el kiosco 1.º del bulevar de la Magdalena (frente al número 27)**

un estilo que nos obliga, que nos fuerza, que nos impele, que nos arrastra a suplicarla que siga escribiendo. Nos da el corazón que va usted a acertar. ¡Acertaremos nosotros? ¡Ojalá!

**CALZADOS LLORENTE**  
Carmen, número 25.

Los mejores de Madrid.  
A la presentación de este anuncio, se hará el 10 por 100 de descuento.

**El Faraón Tutankamen. Valencia.**— Seguimos opinando que usted no es rana en esto de escribir; pero el asunto de este nuevo trabajo es de una futilidad agobiante. Además, el título es feo. «Codos de mujer» suena a demonios. Se debe hablar por los codos, pero no escribir por los mismos.

cia Ingenieros Ceuta, cuarta compañía Zapadores, Tetuán); Luis de la Lama, Carlos del Pozo, Juan Segura, Marcelino Fernández y Jovino Plaza (sargentos del batallón expedicionario de Wad-Rás, segunda compañía, Dar Quebdani, Melilla); T. M. B. (batallón Cazadores Arapiles, sexta compañía, Tetuán), y Luis Hornero Vargas (cabo de la Comandancia de Artillería de Melilla, tercera batería). Este último la solicita en una epístola literaria, festiva, extensísima y algo profunda, que ha causado nuestra admiración.

**Eseme (de Arjona), P. Alvarez (de Oviedo), J. Rey (de Segovia), R. Díaz (de Salamanca), Sotillo (del Escorial), Julio Tablado (de Tetuán), W. L. S. (de París), y los señores Gar, Tef, Lia, Haixa, Girbal, J. Heraclio y A. A.ª, cuyos domicilios han escapado a nuestra penetración.**

**N. G.**— Su penoso trabajo, titulado «Un hombre extraordinario», es literariamente tan insignificante como Valeriano León como actor cómico. Y tiene la misma gracia, lo cual comprenderá usted que es una pena.

en el Hospital Central de Ceuta); Luis Alberto Roncero (oficial del grupo de Regulares indígenas de Alhucemas, número 5, Melilla, y H. C. (oficial del grupo de Regulares de Alhucemas, cuarto tabo,

**Bodegas de los CEAS**

Bebed Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.

Alberto Aguilera, 29. Teléfono J. 10-59.

**PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE**

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial. LOGROÑO

Melilla). ¡Usted verá lo que hace, bella y anónima, a la par que admirada y querida amiga nuestra!... **Ibarra.**— Admitidos sus dos dibujos.

**Ibis. Gijón.**— Idem uno de los dibujos de usted. El artículo, aunque no mal «peñoleado», no es todo lo humorístico que desearíamos.



# EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

*El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:*

— Oye, Doroteo, ¿no sabes que tengo otro hijo más?  
— ¡Chico, enhorabuena!... Y tu mujer, ¿está bien?  
— Ahora, sí. ¡¡Pero cuando se entere...!!

C. Porrillo.

Una señorita (a un distinguido «sportsman»). — ¿Y qué carrera tiene usted?

El «sportsman». — Soy aviador y automovilista.

La señorita. — Por algo dice mi papá que usted, cuando no corre, vuela.

Mauricio de Grandry y Alexis. Madrid.

En el pasillo del cine.

Una señorita (a un pollo «bien»). — ¿Hace el favor de decirme dónde está el tocador de señoras?

El pollo. — ¡Está usted hablando con él.

La Dama de las Camelias.

— ¿En qué se parece una huevería a los viajeros de un tranvía completo?

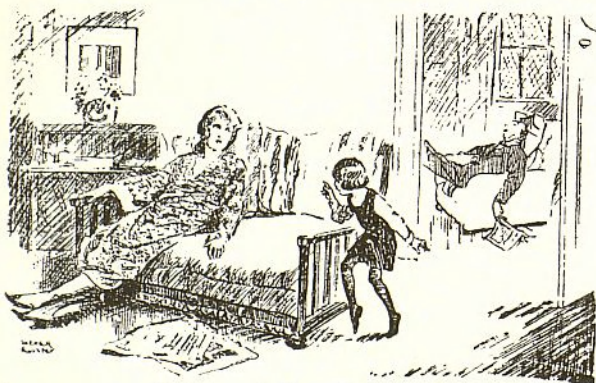
— En que los hay «frescos».

José Luis Rodríguez Manzanque.

— ¿Cuáles son los criminales más desgraciados?

— Los asesinos elegantes, porque les quitan el bastón y les dan «garrote».

Benjamín López. — Madrid.



LA MADRE. — ¿Está papá dormido?

LA NIÑA. — Sí, mamá; todo menos la nariz...

(De The Humorist, de Londres.)

— He notado que siempre que ves un auto palideces. ¿Tanto miedo los tienes?

— Te lo explicaré cuando te diga que mi suegra se fué en un auto, y siempre que veo uno me figuro que es ella que vuelve.

José M. Conde.

— ¿En qué se parece un empleado del Estado que lleve cuarenta años de servicios a la estatua de Espartero?

— En que está cerca del retiro.

Manuel Bernal. — Madrid.

— ¿Quién tiene la pierna más larga, el hombre o la mujer?

— La mujer, porque tiene pierna y «media».

P. C. F. E. — Madrid.

— ¿En qué se parece el Metro a la coleta de «Chicuelo», o de otro diestro?

— En que va por debajo de la Montera.

Piquiqui. — Madrid.

En una tienda.

— Este duro es sevillano, señora.

— ¡Toma! ¡También son sevillanas las aceitunas, y me las llevo!

Celedonia Díez. — Bilbao.

## CASA JIMÉNEZ

Primera casa en

### OBJETOS PARA REGALOS

Aparatos fotográficos.  
Cinematografía.

Preciados, 58 y 60.

El colmo de un pescador.  
Pescar una merluza «con una caña».

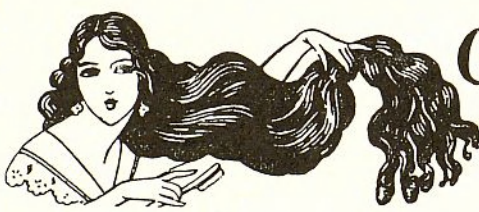
Wasy. — Santander.

— Recuerdo un cuadro que me hizo llorar.

— ¿Tan conmovedor era su asunto?

— No; pero es que se me cayó encima de la cabeza.

Piedad Otaola. — Madrid.



## Agua RADICUM

**TINTURA PARA EL PELO**  
Con una sola aplicación se logran  
— matices permanentes —

**Cortés, Hermanos. — Barcelona**

— ¿En qué se parece un bar en el que hay poca limpieza a un junco que navega por un río cercano a Pekín?

— En que es un «bar-co-chino».

Esoj Ednoc.  
Villagarcía de Arosa.

Un individuo ve pasar un entiero y pregunta a un caballero:

— ¿Hace el favor de decirme quién es el muerto?

— Hombre, ¿no lo ve usted? ¡El que va en la caja!

Pedro Vizcaino. — Melilla.

— ¿En qué se diferencia Inglaterra de una orquesta?

— En que en Inglaterra están los «sin trabajos», y en la orquesta están los «contrabajos».

Manuel Prats. — Madrid.

Examen de medicina.

El profesor. — A un individuo que se hubiese tomado seis pastillas de sublimado, ¿qué mandaría usted que le dieran?

El alumno. — La Extremaunción.

Pedro Soria. — Madrid.

— Me extraña que, siendo tan rico y tan pulcro en el vestir, lleves un sombrero tan viejo.

— ¡Sencilísimo! ¡Dice mi mujer que hasta que no me compre otro, no sale conmigo!

El último Valois. — Madrid.

— ¿En qué se parece un candelero encendido a la ciudad de Valladolid?

— En que en el candelero «hay vela», y en Valladolid «velay».

Vázquez Gafas. — Valladolid.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

Máquina de escribir

## UNDERWOOD

La mejor del mundo.

Modelos modernos.

ALCALÁ, 39. — MADRID



# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas
Semestre (26 — )	10,40 —
Año (52 — )	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 — )	12,40 —
Año (52 — )	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



## Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN  
Gran Premio  
y  
Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
y exijan siempre esta  
marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

**Tintura Winter** Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

**Angelical Cutis** LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos*. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

**Pelífero Belleza** Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

**Loción Belleza** Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

**Almendrolina Belleza** CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embelece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

**ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS** A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

**Polvos Belleza** Calidad superfinísima y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— **Canarias:** droguerías de A. Espinoso. — **Habana:** droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — **Buenos Aires:** A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)





Dib. ELIAS.—Madrid.

En esta misma curva se mató Tonito Pimentel el año pasado. Cayó por ese acantilado y se hizo polvo.  
- Oye, tú, ¿no te parece que podíamos ir más despacio para contemplar el paisaje?